

RESEÑAS

SILVIA ARROM, *Para contener al pueblo: el Hospicio de Pobres de la ciudad de México, 1774-1871*, México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social, 2010, pp. ISBN

Silvia Arrom me toma del brazo y me invita a caminar. Nos internamos por los pasillos claros y oscuros de un edificio colonial. La humedad y el frío de la mañana persiguen nuestros pasos. Me cuenta pequeñas historias al igual que si me mostrara fotografías. Las teje a un relato más grande como si construyera un paisaje colorido. Todo trata de la pobreza de la gente. De las pulgas que soñaban comprar un perro. De los que no tienen para vivir y a los que recluyen en este hospicio. Esta es una historia de una casa que no termina de derrumbarse nunca: la pobreza en la ciudad de México. La autora nos sitúa en un lugar y una época, el hospicio de pobres entre los siglos XVIII y XIX, una institución de caridad y encierro que repetía en el interior de sus muros los defectos de la gente fuera de éstos.

El hospicio de pobres se construyó a partir de voluntades caritativas y de empeños por quitar a los limosneros de la calle. Era el

siglo XVIII en la ciudad de México: una metrópoli que por entonces tenía las calles tapizadas de gente estirando la mano. En aquel entonces se prohibió pedir limosna al tiempo en que se abrieron las puertas del hospicio de pobres. Después de todo, esa era la finalidad: que ya no se mendigara el sustento a los transeúntes, a los que salían de las iglesias, a los que pasaban en un carro tirado por caballos, a los que se dirigían al trabajo, a los que venían de arreglar un asunto importante. Es decir, a los que tenían algo verdaderamente provechoso que hacer con su vida: la clase privilegiada.

Algunos mendigos entraron por voluntad propia; otros fueron forzados a internarse. En un principio se admitía a cualquiera que no tuviera la posibilidad de sustentarse por sí mismo; aunque si algún familiar se hacía cargo y con ello dejaba la mendicidad, se salvaba del encierro.

Los métodos para elegir quién se quedaba y quién no, iban más allá de la prohibición de pedir caridad: dependían del juicio de los que dirigían la institución. Si estos últimos consideraban que la gente no podía sostenerse por sí misma y que por lo tanto estaba orillada a sobrevivir por medio de limosnas, era internada independientemente de su deseo personal.

Durante las dos primeras décadas de apertura del asilo, que inició en 1774, se tuvo claro el propósito de ayudar a los pobres y evitar que pidieran dádivas. La institución sobrevivía de impuestos, caridades y la Lotería Nacional con intermitencias. Desde el principio tuvo problemas económicos y se manejó en números rojos. Las peores épocas llegaron cuando no se tenía ni para pagar a los empleados: una situación común, que solía prolongarse durante meses. Aun así, el hospicio de pobres sobrevivía con una población que crecía o disminuía periódicamente.

El requisito o la obligación de permanencia era la insuficiencia para sostenerse por sí mismo y tener que recurrir a la mendicidad; esto suponía igualdad dentro del edificio. Sin embargo sucedía lo contrario, principalmente había diferenciaciones de

casta. Los mejores lugares estaban reservados para españoles y criollos. La población restante ocupaba las demás habitaciones. Ahí dormían mestizos, indios y negros.

El objetivo filantrópico inicial del hospicio se desvirtuó al aceptar a jóvenes delincuentes, mujeres embarazadas (o con niños) pero sin marido; indios rebeldes llamados mecos; aristócratas criollos venidos a menos y gente que, aunque pudiera sostenerse por sí misma, era relegada del grupo familiar por su conducta reprochable.

Conforme abundaba la gente que no estaba ahí por pedir limosna surgieron otras necesidades que fueron perseguidas en descuido del objetivo primordial. De esta manera nació una sección dedicada a corregir a los jóvenes delincuentes, otra que funcionó como hospital para partos “reservados”, y otra más que se llamó escuela patriótica, cuyo objetivo era enseñar oficios a niños que habitaban el hospicio, así como alfabetizarlos. Poco después de inauguradas, las únicas secciones sobrevivientes fueron la del hospital y la de la escuela. La sección correccional cerró por carecer de utilidad.

En el siglo XIX la institución cambió en su interior considerablemente. Los recursos escasearon todavía más que en el pasado; la población general había disminuido; la escuela patriótica tenía pocos estudiantes; los viejos eran cada vez más, en cuanto a su número, entre los habitantes del hospicio. Esto trajo gastos adicionales, pues se necesitaban medicamentos y cuidados especiales. Aun con la decreciente población general, la de huérfanos aumentó; la época de la guerra de independencia dejó a niños sin padres.

Aunque el objetivo de la institución era ayudar a los pobres, una de sus funciones se privilegió sobre las otras: la escuela patriótica. El número de alumnos en el siglo XIX cada vez era mayor, en proporción con la población del asilo. La mayoría de los que aprendían a leer, escribir y hacer cuentas eran hombres. Las mujeres aprendían a bordar y a zurcir.

Los cambios económicos y sociales de la independencia llevaron desventuras al hospicio de pobres. La salida del gobierno ante la falta de dinero fue gravar nuevos impuestos, entre los que se contaba el de esposarse. El hospicio de pobres no fue abandonado, pero el gobierno virreinal no siguió sosteniéndolo como antes. Si bien el lugar siempre se había manejado con números rojos, ahora era más difícil sostenerlo: la guerra fue cara, los recursos menguaron, y llegó el tiempo en que los trabajadores no percibieron 14 meses de sueldo.

En el final del primer tercio del siglo XIX, la institución acarició la estabilidad de otras épocas. Superó la crisis que le había heredado la guerra de independencia. Sobrevivió a instituciones de beneficencia que cerraron sus puertas temporal o definitivamente: fueron los casos de las instituciones para niños expósitos y de mujeres recogidas.

La estabilidad fue temporal pese a la ley de desamortización de la propiedad comunal, que mandaba que las propiedades que no usaran las asociaciones cotidianamente serían confiscadas. Esto, aunque al principio no tuvo gran repercusión en el hospicio de pobres, después fue dañándolo pues se vio forzado a vender las propiedades que lo sustentaban, desapegarse de la caridad religiosa y depender de la beneficencia pública creada por la segunda administración de Juárez.

Si bien el gobierno de Maximiliano aportó en gran medida a la armonía económica del hospicio de pobres, la guerra de Reforma originó estragos irreversibles: el descuido de las instalaciones; la falta de mantenimiento, el retorno de la crisis económica institucional y el uso de emergencia del edificio para curar a los heridos de guerra.

Lo que describo se puede observar con mayor precisión y abundancia en el libro de Silvia Arrom: un viaje que nos aleja de la historia oficial, nos muestra ratos y rincones distintos de los que describe normalmente la historiografía mexicana. Un paseo

matutino por las sombras de la ciudad de México: los pobres desabrigados que pedían limosna y un edificio que intentó cubrirlos.

Julio Morales Rodríguez

Universidad Autónoma de Baja California

PILAR GONZALBO AIZPURU, *Vivir en Nueva España. Orden y desorden en la vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 2009, 408 pp. ISBN 9786074620221

En 1998, Pilar Gonzalbo publicó *Familia y orden colonial*, un estudio ya clásico, entre demografía e historia social; en 2006 pudimos leer *Introducción a la historia de la vida cotidiana*,¹ algo más que un simple manual de lo que aquí llama “las rutinas consideradas irrelevantes y las formas de comportamiento que aparentaron ser espontáneas pero que siempre respondieron a motivaciones previamente asimiladas” (p. 9). Lo sorprendente no es que quisiera en algún momento ligar los dos temas en un libro sobre “el vivir (y latir)” de los novohispanos (y sobre todo de los de la ciudad de México) a lo largo de tres siglos —acentuando la fase desde el último tercio del XVIII—, sino que lo lograra en tan sólo unas 400 páginas. Lo cual implica una escritura densa, aunque siempre de gran claridad: la experiencia se vuelve síntesis y reflexión, casi rayando con la abstracción a veces, pero el oficio de historiar añade los ejemplos precisos que iluminan el camino.

Si se alcanza tal economía en este libro es que la trama misma de la obra está sumamente apretada. La percepción del conjunto de vivencias, hasta su contenido filosófico, y la organización de la obra se entretajan en algo complejo y casi exhaustivo pero de gran firmeza que logra ser al final una demostración sin fallas.

¹ Los dos bajo el mismo sello editorial de El Colegio de México.

¿Precisamente de qué se trata? Desde un principio el recorrido se organiza sobre dicotomías: el orden impuesto por la Metrópoli, severo pero flexible, que los hombres adaptan al medio [ni se “cumplieron estrictamente las leyes, ni (hubo) el olvido total de las leyes”, p. 366], se enfrenta con el desorden de las prácticas en una sociedad injusta pero realista y que encontró acomodados precisamente en “los esfuerzos diarios que la gente común realizaba para sobrevivir o prosperar en un mundo difícil” (p. 11). El espíritu y el cuerpo tienen un maridaje de cada instante, a menudo lleno de tumulto. El campo más arraigado, la ciudad más voluble se contrastan en muchos de sus aspectos (transcurrir del tiempo, entornos, sociedad, prácticas). Nobleza, mestizaje, limpieza de sangre, castas son las principales vertientes alrededor de las cuales se ordena —¿o queda desteñido? — todo el espectro social.

Pero en realidad la lógica de la trama que tejió la autora es mucho más sutil. En cierta forma hace suya la filosofía (barroca) de un Berkeley, aunque invierte su espiritualismo (o mejor dicho idealismo), lo transmuta en un materialismo sensual: “el hombre social convive en primer lugar consigo mismo y sólo se comunica con los demás por medio de los sentidos corporales, éstos le proporcionan el punto de arranque para el conocimiento de las relaciones humanas” (p. 15). En otra parte escribe: “el contacto con el exterior se realiza a través de los sentidos” (p. 55). En realidad las lecciones aquí son tanto de santo Tomás como de Berkeley, y definen un universo jerarquizado, socializado: esas múltiples experiencias y aprendizajes sensoriales, individuales en un principio, conforman una cultura, y “la cultura configura la naturaleza al determinar la serie de actividades socialmente aceptables y las rechazables” (p. 274). Espíritu (o alma), cuerpo y sociedad: estos son los tres conceptos alrededor de los cuales se ordena el universo humano, y es por eso que el libro nos ofrece tres partes (según mi lectura). Una primera sección donde lo inmaterial o indefinido (tiempo, espacio) se combina con el cuerpo, su materialidad y su devenir.

De alguna manera dominan los sentidos y la individualidad. Los capítulos centrales (y más extensos) se dedican a la experiencia colectiva, social, enfrentando norma y práctica. Por fin, el último, “la piedad cotidiana”, entre “religión personal” y religiosidad colectiva (sino popular...), ata con firmeza el conjunto, volviendo sobre el andamiaje de sentidos y vivencias. De nueva cuenta se describen fiestas, manjares, objetos e imágenes, ahora dentro de una irradiación espiritual, menos profana: ¿pero cómo distinguir siempre en ese universo saturado de religión entre esas dos realidades?

Ese universo novohispano —esto es otra impresión final al dejar el libro y reflexionar uno mismo—, ofrece al mismo tiempo un exceso de referencias, de reglas, incluso de barreras. Sin embargo, en todos los rubros, éstas resultan difusas, imposibles de delinear con precisión. Más que lucha, hay unión entre alma y cuerpo, cuanto este es el espejo de la belleza moral de aquélla, cuando los dos están unidos en prácticas entre medicales, religiosas y mágicas (p. 93), cuando la sensualidad de ciertos comportamientos sale de su cauce, se convierte en arrebatos falsamente (?) religiosos (p. 106). La autora concluye la obra reconociendo que “no se definieron claramente las fronteras entre lo corporal y lo espiritual” (p. 371). Hasta los conceptos cambian de signo: el lujo de un noble criollo es afirmación positiva de su rango, es despilfarro provocativo de parte de un plebeyo, y pecado (atractivo) sobre el cuerpo de una joven mulata. Pero sobre todo, ¿dónde está el límite entre vida privada y vida pública, cuando todos están bajo la mirada de todos, que hasta las conductas más secretas (sexualidad) se controlan por medio de las autoridades? Es así que 30% de los procesos son por pleitos de carácter sexual en México en el XVIII (p. 298).² Hasta lo más material, la vivienda por

² Sí, ¿pero qué hacemos con las proporciones “alarmantes” (hasta 60% en algunos casos) de ilegitimidad, prueba del laxismo de todos, y en primer lugar del poder?

ejemplo, no sirve de refugio: más allá de la mitad del siglo XVIII, en las casas principales, no existe un pasillo interior distribuido que evite pasar de una recámara a otra (p. 215).

Estamos en un universo de subjetividad, es decir, repetimos, de dominio de las percepciones corporales. Hay aquí una pregunta que la autora no desarrolla, ¿había un sentido privilegiado entonces? Además es posible que con el tiempo la jerarquía entre ellos —si la hubo— se modificara: el olor del pobre, la pestilencia de los cuerpos enterrados en las iglesias se hicieron insoportables a fines del XVIII. ¿Antes no despedían miasmas? Sin embargo, a largo plazo, y siguiendo a Pilar Gonzalbo, parece que la vista era dominante. Nos ofrece aquí una preciosidad, la apreciación de la belleza de candidatas a monjas entre 1749 y 1783: según las calificaciones fueron más bonitas antes de 1760; por supuesto las más agraciadas eran las más jóvenes y gorditas. Es obvio que las “blancas” tenían más encanto (37% eran bonitas) que las trigueñas (19%). Pero también todo se entremezclaba, y el sentido visual se contaminaba con otros: ¿si no cómo calificar el término de “prieta achocolatada” que se dio a una aspirante? (pp. 72-75). Es como si su piel tuviera un sabor peculiar. Pero no siempre el colorido y la vista tenían su importancia: el color del esclavo no parece que se cotizara (p. 84). Finalmente, no hay una regla definitiva de conducta: los rasgos fisonómicos ligados a la vista sólo reciben “superficial atención” (p. 65); sin embargo, ¿en qué medida esto ayudó a construir esquemas más o menos rígidos: moreno y “mala raza”, blanco y “celestial”?

Este laxismo, desde nuestro punto de vista, no deja indiferentes a las autoridades. Para ellas y la sociedad, aparte de una represión para la cual no tienen los suficientes instrumentos —el autocontrol, aparte de la flexibilidad, es un elemento central, que debería ser profundizado, aunque sea un hilo rojo que corre por todo el libro—, el mejor baluarte es la educación. Se espera así resolver la contradicción entre el alma y el cuerpo (p. 122). La

disciplina en los colegios siempre fue férrea, pero parece reforzarse al final del siglo XVIII (p. 130). Pero los colegiales eran los afortunados: la mayoría caía en el aprendizaje (tejedor de seda, gorrero, platero si eran españoles), o peor aún en el infierno de los obrajes. En 1788 hay en la capital 9 962 aprendices entre 1 644 talleres, sobre un total de 13 mil adolescentes (p. 138). Al otro extremo están los viejos: es otro concepto subjetivo, distinto para hombres (a partir de los 60 años) y mujeres (a partir de los 50), pero también en relación con la capacidad de mantener su poderío (jefe de familia) (p. 155).

Estamos por lo tanto en un mundo donde el parecer guía al ser. Esto resulta evidente en otros dos signos “exteriores de riqueza” (visuales por lo tanto), la casa y el vestuario. Estamos en el corazón de la cultura material que domina perfectamente la autora, entablando sobre la ropa un diálogo con el libro de Daniel Roche, *La culture des apparences. Une histoire du vêtement (XVI-XVIII^e siècle)*.³ El alojamiento es por supuesto altamente discriminatorio, aunque todavía no existen “guetos” sociales: los altos se reservan para el propietario o el rico, mientras los pobres viven en los bajos, covachas y otros jacales. Para quien tiene un verdadero techo, la situación no es tan desesperada hay en México, en 1777, 6% de mansiones, 26% de casas confortables, 51% de cuartos y accesorias, siendo lo demás alojamien-

³ París, Fayard, 1989. Sobre el tema más amplio de la cultura material en el ámbito urbano también sería bueno referirse a Annick PARDAILHÉ-GALABRUN, *La naissance de l'intime. 3 000 foyers parisiens, XVII-XVIII^e siècles*, introducción Pierre Chaunu, París, PUF, 1988, 523 pp. Es útil tanto por su metodología (utilización de inventarios) como por coincidencias o desfases entre las actitudes de poblaciones tan apartadas (por ejemplo la supervivencia de objetos que hoy se darían por totalmente fuera de uso), o la aparición fechada de ciertas cosas —como la ropa íntima femenina— que delatan cambios fundamentales en algunas ocupaciones (higiene, confort, decencia...).

tos muy precarios. Y los estándares de espacio habitacional son hasta superiores a los nuestros. Un cuarto independiente, con su patio, mide unos 70 m² —como hoy en día en París—. Es cierto que el bajo costo alerta aquí: sólo vale 30 pesos (p. 214). Al lado está la casa que compra en 1763 el Conde de Regla y cuesta 32 000 pesos (p. 217). Además hay que amueblar dichos palacios. Ya sabíamos que la cama es el mueble esencial, pero aquí se verifica con lujo de detalles, a partir de cartas de dote: camas completas, con doseles, con biombos, con cofres para la ropa blanca. Un detalle que se asocia a toda una forma de vivir, es decir, también a ciertos gestos: todavía, en el XVIII hay pocos armarios (7% de los inventarios) (p. 226), sin embargo es más comfortable para la mujer disponer su ropa dentro de ese nuevo espacio que en un baúl incómodo. Pero el confort, más para las esposas y sirvientas, todavía no está al orden del día.

¿Qué nos dice esa ropa? Mucho, aunque la autora tuvo que restringirse, quedarse sólo en el terreno social y moral, es decir, de la estratificación a través de la apariencia y del costo, de la moda y del control por parte de la Iglesia y del Estado (la repetición de las pragmáticas contra el boato del vestido en 1571, 1679, 1691, 1716 revela que fueron poco eficientes las medidas tomadas, pp. 251-253). Entre la amplia gama de temas sólo tomaremos algunos. Por supuesto, la importancia económica del rubro, sobre todo para las mujeres, y dentro de una evolución cada vez más diferenciada: en el XVII las mujeres de posición más modesta ponen más empeño que las demás en manifestar buena ropa (29% del valor de las dotes inferiores a 1 000 pesos, 6.5% para las superiores a 10 000), en el XVIII la tendencia se invierte (12% y 23%). El fenómeno es contrario en el caso de los hombres, cuya apariencia se vuelve más igualitaria (si es posible) en el Siglo de las Luces (p. 259). La relación entre vestido (y afeites), profanidad y pecado es también un tema que requiere atención: siempre hemos pensado que por 1680-1690 hay una acentuación de la preocupa-

ción sobre esto por parte de la Iglesia, y parece confirmarse en el libro (véanse las fechas de las pragmáticas).⁴

Tratándose de los “desordenes familiares”, sobre todo ligados al mestizaje y algunas de sus vías de acceso (la ilegitimidad, una sexualidad poco reprimida), seguimos en todo punto a la autora: las leyes castellanas imperantes están aquí ampliamente distorsionadas. El calificativo “sociedad de castas” se debe manejar con mucho cuidado: la apertura siempre fue mayor a lo que expresa el vocablo, el término “calidad” siendo cada vez más empleado y más adecuado (pp. 275-284). El lugar de la mujer en ese universo, aunque a menudo martirizada en su vida conyugal, fue esencial. Tenía su propio espacio de libertad: en 1754-1820, en casos de divorcio, 12% de las mujeres alegaron adulterio del esposo, pero ellos hicieron la misma recriminación en 18% de sus demandas. En el último tercio del siglo XVIII, en la ciudad de México, 36% de los hogares de castas tenían una mujer a su cabeza (pp. 295-296). Sólo discutiremos una afirmación: el Estado interfiere a menudo en la vida privada (p. 298). De forma muy relativa, siempre con cautela me parece: es cierto que hay intervenciones, pero creo que nunca *ex officio*, siempre sobre denuncia. En ese ambiente mediterráneo —al fin de cuenta de eso se trata, en cierta forma— la familia, el linaje son tan esenciales que en la medida de lo posible el poder prefiere no interponerse, salvo al final del periodo; cuando ya tantas cosas están cambiando.

⁴ Tal vez estemos influenciados por un texto de gran interés pero demasiado poco conocido, del franciscano fray Antonio Ezcaray, *Voces del dolor, nacidas de la multitud de pecados que se cometen por los trajes profanos, afeites, escotados y culpables ornatos, que en estos miserables tiempos y en los anteriores ha introducido el infernal Dragón para destruir y acabar con las almas, que con su preciosísima sangre redimió nuestro amantísimo Jesús*, Sevilla, 1691. Como todos los títulos barrocos, éste lo dice todo. Ezcaray promovió misiones itinerantes entre Querétaro y Guadalajara, tuvo cierto papel en la agitación de 1692 en México.

Y es que todo se pone en tela de juicio, hasta lo más inquebrantable: la relación con la divinidad, el equilibrio entre religión y vida profana. Una de las demostraciones más claras aquí se refiere a la lectura. Con mucho tino Pilar Gonzalbo dedica sobre todo su atención no a la producción de obras (52% son religiosas) o a los catálogos de bibliotecas conventuales, sino a los libros entre manos de libreros y del público secolar. Con esta perspectiva, entre los siglos xvii y xviii hay una tendencia “hacia una mayor separación del espacio religioso y del secular, y la creciente inclinación de los novohispanos hacia las lecturas de información y de distracción”. Acabamos con 69% de libros “profanos” (p. 343). Otro cambio significativo, que traduce toda una remodelación de la percepción y de la relación con la divinidad es el giro que se manifiesta en los nombres de pila: la Sagrada Familia se impone, ¡y José, casi desconocido en los registros bautismales del siglo xvi, se da a 86% de los niños por 1800! (p. 346).

Es decir que esta vida cotidiana, con el fluir de los tiempos, con todo y su rutina, es un formidable actor y testigo de todos los cambios que intervienen, más si se asocia con la historia cultural (fiel a sus lealtades Pilar Gonzalbo habla aquí de “de las mentalidades”).⁵ Esos cambios (“un continuo movimiento”, p. 366) pertenecen a una sociedad en la cual se superan orden y desorden, por la fluidez que nace de un universo que hay que reconstruir desde la Conquista, con ordenamientos procedentes de varios horizontes, pero también gracias a las bases de consenso que dieron las religiones a ambas majestades (tal vez en esa rutina no se tomó lo suficiente en cuenta la que se liga a la terrenal del rey). Aunque, dice la autora, cada día más gritos —primero aislados (mujeres maltratadas...)— se oyeron contra un mundo cuya base descansaba sobre la injusticia.

⁵ “Poner en práctica un modelo explicativo mixto que logre la historia cotidiana con la evolución de las mentalidades”, p. 16.

Al fin, el lector cierra el libro y se pregunta: ¿alguna vez podré escribir un libro tan logrado?

Thomas Calvo

El Colegio de Michoacán

LUCÍA RAYAS VELASCO, *Armadas. Un análisis de género desde el cuerpo de las mujeres combatientes*, prólogo de Mary Louise Pratt, México, El Colegio de México, 2009, 264 pp. ISBN 9786074620375

Hablar de mujeres que participan en la guerra pareciera un sinsentido. Cuando ambos términos se vinculan, es más bien para hacer referencia a aquella parte de la población que de forma más aguda padece los estragos causados por las conflagraciones: las mujeres son quienes quedan viudas o huérfanas, son las madres o abuelas enlutadas, las desplazadas y despojadas. O bien son raptadas, violadas y mutiladas de manera brutal, como una prueba patente de su intercambiabilidad y poco significado social; las mujeres son atacadas sexualmente en las guerras sin que importe su edad, condición, estado civil, grado de escolaridad y demás características que puedan individualizarlas. Se aprecian, en suma, como las víctimas pasivas del horror bélico.

Aunque los sistemas de género habitualmente rechazan todo vínculo entre, por un lado, el ejercicio de la violencia/muerte/guerra y, por el otro, la feminidad/maternidad/servicio a los llamados “aptos”¹ —si exceptuamos quizá a las míticas Amazonas—, esta imagen es, no obstante, poco realista. Ligar concep-

¹ Marcela LAGARDE, *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, putas, monjas y locas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

tualmente la capacidad de dar vida con la incapacidad de quitarla forma parte de la construcción social de la diferencia naturalizada entre hombres y mujeres, que cargan de atributos agresivos, competitivos y predadores a unos, y abnegados, “pacifistas” y sacrificiales a otras. En esta dirección, el principal obstáculo para analizar la contribución de las mujeres a la guerra estriba en que toda acción bélica está categorizada como un espacio de exclusiva competencia varonil, es decir, un *locus* donde la participación femenina no se concibe como importante o socialmente significativa.² Pero el escenario de la guerra no distingue género, edad ni condición social, y pensar que las mujeres puedan mantenerse al margen de él es sostener, si no una mera ilusión, cuando menos una falacia.

Esta negación de la presencia femenina tiene razones de peso que no se ubican únicamente en la ecuación vencedores y vencidos, ni en las relaciones de poder que se ejercen entre facciones. Si suscribimos la afirmación de Norbert Elias (1994), en el sentido de que la construcción de los Estados-nación se funda en la organización monopolista del uso de la violencia —a manos de los varones, por supuesto—, ignorar la participación de las mujeres en la formación de la patria o admitir que, incluso, puedan desempeñar un papel tan importante como el de ellos, es negarles la posibilidad de compartir las instancias de poder y autoridad gestadas durante ese proceso.

El texto de Lucía Rayas es un magnífico ejemplo de esta aseveración. En *Armadas*, la autora compara dos casos en los que la intervención femenina en acciones militares ha sido no sólo reconocida, sino legitimada. Por un lado, analiza el papel fun-

² ROSÍO CÓRDOVA, “Las mujeres en la guerra civil de 1810”, en Juan ORTIZ y María Eugenia TERRONES (coords.), *Derechos del Hombre en México durante la guerra civil de 1810*, México, Instituto Mora, Comisión Nacional de Derechos Humanos, 2009, pp. 173-209.

damental que desempeñaron las mujeres salvadoreñas dentro de la guerra de guerrillas que el FMLN sostuvo contra la dictadura desde 1981 durante más de una década. Por el otro, la alta participación femenina en el ejército de Estados Unidos, la nación más poderosa del mundo militarmente hablando, sobre todo durante la llamada segunda guerra del Golfo, iniciada en 2003 y que continúa hasta nuestros días. Pero, a pesar de la presencia activa y pública de las mujeres en el “teatro de la guerra”,³ Rayas muestra que esto no ha desestabilizado lo suficiente las estructuras androcéntricas del ejército como para traducirse en verdaderas relaciones de igualdad en su interior.

El espacio que elige Rayas para el desarrollo de su análisis no podría ser más adecuado: el cuerpo de las mujeres combatientes, que es abordado desde dos vertientes, la experiencia vivida y el uso simbólico de la representación corporal femenina. ¿Qué hay en el cuerpo de las mujeres que continúe situándolo en el corazón de los debates? Los lectores podríamos esperar que, una vez ganada la entrada al aparato antes impenetrable de las fuerzas armadas, a la postre las mujeres podrían trascender aquello por lo que están conceptualmente excluidas de la guerra —supuestas debilidad, fragilidad, limitaciones por su fisiología reproductiva; en una palabra: su cuerpo—, mediante la demostración permanente de sus capacidades atléticas, su fortaleza ante el enemigo, su potencial estratégico para librar batallas.

Sin embargo, esto no es así. Parece que las mujeres seguimos siendo cuerpos... pero no cualquier clase de cuerpos, sino, ante todo, cuerpos peligrosos. Cuerpos que no pueden soportar las

³ Este término fue utilizado por los ingenieros militares que diseñaron el plan de defensa para Nueva España. Hace alusión a la zona geográfica afectada por la guerra. Antonio MARTÍNEZ TEIXIDÓ, *Enciclopedia del arte de la guerra. Todo sobre el fenómeno de la guerra y la búsqueda de la paz*, Madrid, Planeta, 2001, p. 594.

mismas penurias que los masculinos; cuerpos que no corren, brincan o cargan con iguales destrezas; cuerpos que pueden retrasar y entorpecer maniobras militares; cuerpos a los que no se puede confiar la vida de igual forma que a un hermano de armas; pero, principalmente, cuerpos deseables e ingobernables que debilitan la fraternal camaradería de los varones. Y en el centro de esta descalificación lo que se disecciona es la sexualidad femenina, una sexualidad que responde a un modelo hegemónico donde los varones depredan indiscriminadamente y las mujeres requieren recato, refrenamiento y vigilancia constante.

A pesar de las indudables diferencias que existen entre las combatientes del ejército popular revolucionario de El Salvador y las profesionales del “ejército totalmente voluntario” de Estados Unidos, que Rayas describe ampliamente, su agudo análisis devela un aspecto común a ambos tipos de mujeres: son cuerpos utilizables y prescindibles. Por un lado, sorprende la cantidad de denuncias y silencios en torno al acoso, hostigamiento e, incluso, violaciones sexuales que viven las soldadas estadounidenses, en un contexto que, se presume, ha extremado su cuidado en superar las asimetrías de género en general y, sobre todo, de libertad y garantías sexuales. El rechazo, a veces velado, a veces explícito, de la hermandad militar varonil al ingreso masivo e igualitario de las mujeres se refleja en esta violencia que las obliga a ser más que un varón, a desfeminizarse, a soportar estoicamente e ignorar la misoginia y el sexismo que permea el aparato militar, singularmente homosocial, pero obligadamente homofóbico. Asimismo, a someterse a estrictas tecnologías para mantener su peso, su figura, sus habilidades, ya que encarnan la imagen de la nación.

Pero también la sexualidad pareciera estar en el centro de las preocupaciones del ejército popular salvadoreño al incorporar a las mujeres. Aquí la lógica es más explícita y las “compañeras” prestan sus servicios —sexuales y de cuidado a los aptos— a la causa de la patria, pero no con libertad, sino controladas por el

“biopoder” en cualquiera de sus formas: los abortos “voluntarios” en aras de la causa, la maternidad que tiene que ser delegada en otras no combatientes, la circulación de parejas que impide la creación de vínculos a largo plazo, el acoso sexual que está a la orden del día. Es decir, la permisividad sexual femenina opera en función de las necesidades de la doble moral revolucionaria, sin compromisos, sin responsabilidades ni cuestionamientos éticos, para ellos; acatando y resolviendo las consecuencias y el desapego, para ellas. Y en ambos casos, como afirma Rayas, “la dominación sexualizada es parte de la construcción ideológica de lo militar” (p. 204). De ahí que, no obstante que las mujeres realicen con éxito acciones transgresoras a su papel de género, e incluso se cubran de gloria, como es el caso del pelotón femenino Silvia del FMLN, que abatió a batallones de élite del ejército salvadoreño, sus quince minutos de fama y reconocimiento no alcanzan a cristalizar en estructuras verdaderamente equitativas.

¿Qué obtienen, entonces, las mujeres con su incorporación a las fuerzas armadas? Una aportación fundamental del texto es dar una explicación coherente del porqué, a pesar de desenvolverse en un ambiente altamente jerarquizado que exige de ellas la negación de su feminidad, y que al mismo tiempo las enfrenta cotidianamente a las concepciones sometidas de género, las mujeres se insertan en el escenario de la guerra. Por un lado, un denominador común pareciera ser la pobreza: para las salvadoreñas, la liberación de la dictadura significa ser partícipes de una patria mejor, más generosa e igualitaria para todos. Para las estadounidenses se traduce en la oportunidad de obtener un empleo, avanzar en aspiraciones educativas, lograr una ciudadanía de primer orden, en tanto se pertenece a un cuerpo prestigioso y con prerrogativas frente al resto de la sociedad.

Por otro lado, el uso de los cuerpos femeninos confiere una pátina de legitimidad a los horrores bélicos: las mujeres, como dadoras de vida, cuidadoras, vigilantes del bienestar de los suyos,

no pueden enfrascarse en una guerra injusta. El espíritu sacrificial femenino es una prueba esgrimida para dotar de sentido cualquier cantidad de crímenes genocidas o atentados. Ello no impide, sin embargo, que la guerra se torne para las mujeres en un poderoso vehículo en el proceso de concientización al permitirles trascender, al menos temporalmente, las constricciones de género de los tiempos de normalidad y del resto de la sociedad. Al poner frente a ellas de manera patente su ciudadanía de segunda al participar de los espacios masculinos de poder, evidencia los quiebres susceptibles de incidir en la transformación del orden social.

Estos resquicios abiertos son de gran importancia para la vida de las mujeres, ya que pueden repercutir directamente en las condiciones que favorecerían o impedirían obtener espacios de mayor libertad y poder de decisión, derivados de una presencia más evidente e incisiva en la esfera pública. Es claro que, para las mujeres salvadoreñas, la vuelta a la domesticidad les anuló el terreno ganado en la contienda, pero no así su certeza del importante papel que desempeñaron en la victoria. Para las estadounidenses, la profesionalización de las soldadas ha conducido, de manera lenta y forzada, a la consecución de puestos de mando medio en el aparato militar de su país. Está por verse si estas transformaciones tendrán trascendencia en el “cambiante equilibrio de poder entre los sexos”, y si nos encaminamos a un proceso de aceleración hacia una mayor simetría entre los géneros,⁴ que pueda cristalizar en las estructuras profundas de la sociedad.⁵

⁴ Norbert ELIAS, “El cambiante equilibrio de poder entre los sexos. Estudio sociológico de un proceso: el caso del antiguo Estado romano”, en *Conocimiento y poder*, Madrid, La Piqueta, 1994, pp. 121-193.

⁵ Rosío CÓRDOVA, “Género, epistemología y lingüística”, en Sara POGGIO, Montserrat SAGOT y Beatriz SCHMUKLER (comps.), *Mujeres en América Latina transformando la vida*, San José, LASA, Universidad de Costa Rica, University in Maryland, 2001, pp. 1-31.

Entre sus muchas virtudes, el libro cuenta al final con una bibliografía comentada que apoya lo que se ha escrito en torno al cuerpo, el género y la guerra. Esta no es más que una de las posibles lecturas que el texto de Lucía Rayas nos ofrece. Sólo baste decir que, en estos momentos de glorificación de las luchas armadas en nuestro país, es un referente obligado para entender qué pasó con las mujeres en la guerra y cómo, con total desparpajo, la historia nos borró de un plumazo de sus páginas.

Rosío Córdova Plaza

Universidad Veracruzana

MÍLADA BAZANT, *Laura Méndez de Cuenca. Mujer indómita y moderna (1853-1928). Vida cotidiana y entorno*, Toluca, Estado de México, El Colegio Mexiquense, Secretaría de Educación Pública del Estado de México, Colección Mayor, 2009, ISBN 968-484-655-X

El último libro de Mílada Bazant sorprende e inquieta. Sorprende porque dice mucho más de lo que ofrece, e inquieta porque al referirse a un periodo complejo y difícil de nuestra historia deja implícitamente planteadas preguntas que son un reto para nuevos estudios. Cultura literaria y revolución, educación e identidad, prejuicios y valores, modernidad y tradición, mujeres y desigualdad, son apenas algunas de las posibles combinaciones conceptuales que subyacen a lo largo del texto. Podría decir que éste es el dilema y el “truco” del historiador: seguir la línea de la investigación, pero sin desechar la multitud de problemas, situaciones, personajes y decisiones aparentemente incomprensibles que aparecen “pegados” al problema de que se trata. Y como en este caso se trata de una biografía, su protagonista, Laura Mén-

dez, no podría haber pasado por su mundo y por su tiempo sin impregnarse de las ideas y de los riesgos de una sociedad en eferescencia modernizadora. Quizá no alcanzó a dejar una huella profunda, pero tampoco pasó “como el rayo de sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo”. Siguiendo el símil del catecismo, Laura no logró romper la cárcel de prejuicios que encerraba a las mujeres de su tiempo y por ello salió lastimada en sus intentos de independencia, lastimada y manchada, porque pagó caro el haber desafiado las normas, el haber sido pionera en una lucha contra la corriente que tardaría varias décadas en ser reconocida; lo pagó con su reputación personal y su prestigio profesional, y con una vida llena de desgracias y decepciones. La vida de Laura es compleja y fascinante, pero lo es, sobre todo, porque en la pluma de Mílada Bazant esa complejidad se humaniza y se integra al ambiente en que vivió. Los fracasos de Laura Méndez como amante, como esposa, como madre y como maestra, se convierten en gestas heroicas en un combate contra la sociedad conservadora de fines del siglo XIX y contra los rencores revolucionarios de las primeras décadas del XX.

A lo largo de las 500 páginas del libro, parecería que la autora espera que nos identifiquemos con su heroína, que la comprendamos, que nos rebelamos junto a ella ante las injusticias y que nos lamentemos con ella de sus infortunios. Pero la investigación y la exposición son lo suficientemente serias como para eludir el sentimentalismo fácil y la justificación anacrónica. La imagen que este libro nos muestra no es un estereotipo digno de ser admirado o criticado, sino un ser humano complejo sumergido en un ambiente mezquino y rodeado por individuos egoístas. Estamos demasiado acostumbrados a que los personajes de la historia se presenten como estampas de un juego de lotería: “el héroe”, “el villano”, “el revolucionario” o “el conservador”, y aceptamos los clichés que los representan en una sola de sus facetas, aquella que los hizo entrar en la historia. Si aplicáramos esa regla a Laura

Méndez tendríamos que mencionarla como la maestra, la poetisa, la incomprendida, la rebelde... y siempre nos quedaríamos a mitad de camino porque, como todos los seres humanos, como todas las mujeres y como las mujeres que tuvieron inquietudes intelectuales, Laura Méndez tuvo una personalidad conflictiva, que Mílada Bazant refleja en este libro.

La primera pregunta que queda pendiente se refiere al feminismo, real o imaginario, de Laura Méndez y, ampliando la pregunta, a la posibilidad de que la doctora Bazant haya pretendido escribir un texto que pueda integrarse a la literatura feminista. Porque cuando se refiere al feminismo de Laura es evidente que considera los múltiples significados del feminismo, palabra cuyo contenido ha cambiado a lo largo de los años. ¿Podríamos referirnos a lucha política, independencia económica, rechazo de los papeles tradicionalmente femeninos, libertad sexual? Una lectura cuidadosa puede darnos algunas respuestas.

En las primeras páginas confiesa la autora su admiración por aquellos biógrafos que han logrado el ideal de André Maurois de reflejar conjuntamente la vida y la época de un personaje. Con esta aspiración podría hacerse la biografía de cualquier hombre o mujer identificado con la cultura de su tiempo. Y con este enfoque, el biógrafo y el biografiado dan testimonio de unas circunstancias sin las que no tendrían sentido los acontecimientos que se relatan. Sin duda esta meta ha influido en la forma en que Bazant ha contemplado a su protagonista dentro de los ambientes en los que discurrió su azarosa vida.

Además apreciamos que Mílada Bazant pretende hacer una lectura amena, porque cree en la historia compañera de la literatura. De este modo recuerda el ideal griego representado por Clío, que no en vano era una de las nueve musas. Así que la figura de Laura Méndez fue la inspiración que le permitió dar vida a la serie de retratos del monótono ambiente provinciano, de las inquietudes políticas y literarias de una generación, de la siem-

pre fallida confianza en la educación como redentora de miserias, y de las incompetencias y envidias de una burocracia capaz de arruinar las mejores intenciones. Muchos personajes, muchas situaciones y una época de grandes cambios dificultan la tarea de mantenerse imparcial ante los hechos; sin embargo, y pese a su clara actitud de simpatía hacia lo que Laura representó, repetidamente muestra la autora que no se ha dejado enredar en las trampas de las fuentes. Advierte la imposibilidad de que una información sea cierta cuando contrasta con otra debidamente comprobada. Como el insidioso relato de Rosario de la Peña acerca del encuentro de Laura con Manuel Acuña. Por otra parte, ya que es un libro de historia y no de historia literaria, no procede discutir si Laura Méndez fue una poetisa insigne o una discreta representante de las corrientes poéticas de su tiempo; un tiempo de inquietudes en los que pudo ser ¿romántica?, ¿parnasiana?, ¿simbolista?. No era fácil escalar la altura en que se movieron sus contemporáneos; primero Acuña y después Ramón López Velarde, Amado Nervo o Manuel Gutiérrez Nájera. Los fragmentos de sus poemas que se reproducen en el libro permiten apreciar una técnica impecable y una fina sensibilidad. Y me queda la curiosidad de saber si la única novela que publicó fue realmente algo notable. Esperemos que la obra de Laura Méndez se publique en fecha próxima y nos permita juzgar sus méritos literarios. Lo que podemos leer entre líneas es que a Laura le atrajo la poesía romántica tanto como el mismo Manuel Acuña que la representaba, pero su entrega sin reservas y el embarazo inoportuno eran incompatibles con la imagen de amores imposibles y finales desdichados ideales del romanticismo.

El ambiente en que nació Laura Méndez no era favorable al desarrollo de inquietudes intelectuales, sino que, por el contrario, pudo haberle proporcionado un cómodo bienestar dentro de una sociedad que cuidaba las apariencias. Su abuelo materno, el francés Émile Lefort, tuvo negocios de panadería, pastelería y fondas,

que comenzaban a llamarse restaurantes. Su padre, Ramón Méndez, hijo del propietario de una cadena de tiendas de telas, fue contratado como administrador de una hacienda cerca de Amealtepec. Nacida en 1853, Laura pasó los primeros años de su vida en espacios pueblerinos, hasta que sus padres regresaron a la ciudad de México. Ya como alumna de una escuela pública y alojada en una modesta vecindad, la autora sugiere que comenzó a gestarse el feminismo de Laura. Sin duda se trata de una licencia de la imaginación histórica, avalada por el comportamiento posterior de la inquieta protagonista, aunque no tanto por sus opiniones, ya que si bien es cierto que en algunos aspectos Laura vivió como convencida feminista, su permanente lucha por la supervivencia no le dejó mucho espacio para reflexiones teóricas o luchas sociales. Entre el comportamiento tradicional de la mujer “caída” y el atrevimiento combativo de la creadora brillante, a Laura le faltó la astucia y la sutileza propias de la cultura femenina, que han utilizado como armas las mujeres a lo largo de la historia.

En una sociedad mayoritariamente conservadora, anticuada, y restrictiva en cuanto a la formación femenina, la ley de educación de 1867 cambió el panorama escolar y abrió posibilidades a las mujeres dentro de la vida intelectual. Aunque su programa no era idéntico al de los varones, sí tenían igual acceso a la educación. A los 17 años Laura ingresó a la Escuela de Artes y Oficios, donde tuvo por maestro a Enrique de Olavarría y Ferrari, con quien también llevó cursos de teatro. Según su biógrafa, para leer a los poetas en su lengua original aprendió, además del francés, inglés y alemán. Lenguas que le fueron de gran utilidad durante sus largas estancias en Estados Unidos y Alemania; incluso en sus últimos años inició el aprendizaje del latín, un interés probablemente inspirado por su experiencia, tras haber dedicado la mayor parte de su vida a la educación de la infancia. En plena juventud debió romper relaciones con su familia y se trasladó con su hermana a vivir en un piso alquilado. Sin ingresos fijos ni

dinero propio, pasaron necesidades y de vez en cuando acudían a que les dieran de comer en las tiendas del abuelo.

Fuentes dispersas y contradictorias hablan de sus amores con Manuel Acuña, que duraron poco más de un año. Más que una conclusión categórica, el libro nos ofrece algunas referencias, acompañadas de las composiciones poéticas con las que Laura se refirió a su periodo de ilusión y a la tristeza de la despedida, cuando Manuel la rechazó al saber que estaba embarazada. Sin duda nadie podrá saber si Acuña fingió un amor que no sentía o, como poeta que era, se limitó a embellecer un sentimiento pasajero y a dramatizar después una separación inevitable. Amigo de Acuña y “poeta de buen gusto”, Agustín Cuenca, condolido de su situación de penuria, la llevó a vivir con él y aceptó al hijo de su amigo, que murió pronto. Después de tener tres hijas ilegítimas y pasados varios años de convivencia turbulenta, decidieron casarse. Pero el matrimonio no le proporcionó a Laura ni la seguridad económica que tanto necesitaba ni un afecto verdadero, porque Agustín no abandonó su vida disipada, y tampoco fue capaz de adaptarse a la disciplina de trabajo necesaria para mantener una familia. Laura sufrió el rechazo de la sociedad, pero quizá le dolió más verse marginada del ambiente literario que le atraía, porque su maternidad y la pobreza la agobiaban. Mientras su marido recorría salones literarios —a los que ya era frecuente que acudieran mujeres—, tabernas y burdeles, ella amamantaba a sus hijos o lloraba su pérdida.

Entre infidelidades y peleas, separaciones y reconciliaciones, Laura pudo publicar algunas composiciones poéticas en la prensa y tuvo otros dos hijos, éstos ya legítimos. Ella era una madre obsesiva con la disciplina, la comida saludable de los niños y la higiene, lo que no resultó suficiente para darles una vida sana. Para cuando enviudó en 1883 (ella tenía 30 años) sólo sobrevivían Alicia, de siete años, y Horacio, de cinco. Ambos débiles y enfermos. En diez años había tenido seis hijos y había visto morir a

cuatro. Consiguió una plaza de maestra de kínder, aunque carecía de título académico, lo que no era grave inconveniente porque pocas maestras lo tenían. Completó los estudios de magisterio y obtuvo el título cuando tenía 32 años, en 1885. Como maestra y directora de escuela recibió quejas por su excesivo rigor y numerosas ausencias, hasta que solicitó licencia. Quizá en busca de un ambiente más libre y progresista, se trasladó a Estados Unidos y durante unos años residió en San Francisco y fundó la *Revista Hispanoamericana*, mientras sus hijos completaban sus estudios.

Un nuevo fracaso la esperaba cuando regresó a México para hacerse cargo de la subdirección de la escuela normal de Toluca, donde le resultó intolerable el régimen escolar, el anticuado reglamento y la mojigatería del ambiente. Pero pronto se pudo sentir compensada con una nueva oferta de trabajo, el mayor reconocimiento que recibiría en su vida, cuando Justo Sierra la envió a Estados Unidos con la comisión de investigar el sistema educativo. En este periodo envió mensualmente informes de escuelas, recibió varios premios por sus poemas, publicó la novela *El espejo de Amarilis* y, según nos informa Mílada Bazant, participó como promotora de movimientos feministas. Esta afirmación queda un tanto en el aire, porque no parece corresponder a lo que las citas textuales demuestran. Mientras tanto, su hijo Horacio murió de tifo en 1902 y su hija Alicia comenzó a tener accesos de locura, por lo que ya no se separó de ella.

Es indudable la actitud conservadora en su informe sobre la educación femenina, en el que se refiere a la libertad que, según ella, no beneficia a las mujeres sino que las hace sufrir. Concluye que la educación americana produce buenos artesanos, hombres de empresa y profesionales, pero “ni esposas, ni madres, ni amas de casa, ni siquiera criadas de servicio, pues oficios son éstos a cargo, por ahora, de las mujeres extranjeras”.

En vez de americanizar a la mujer mexicana, emancipándola enteramente, estoy por que se le instruya liberalmente, se le habilite para luchar por su pan [...]; no creo que debamos arrancarla del hogar, como aquí se ha hecho, pues ni ella es feliz en medio de tanta libertad, ni siente por ello gratitud hacia el hombre que se la otorgado sino odio profundísimo, cuando no desprecio (p. 276).

Desde mediados del siglo XIX, en el mundo occidental se generalizó el interés por la educación y los gobiernos asumieron la responsabilidad de crear sistemas educativos; los nuevos países americanos confiaron en que sería el recurso que necesitaban para lograr la unidad nacional. Los educadores decimonónicos idearon modelos pedagógicos y compartieron sus experiencias mediante reuniones internacionales, que se realizaron periódicamente durante varias décadas. Laura asistió como comisionada especial de educación al cuadragésimo tercer Congreso Internacional de educación en San Luis, donde tuvo un altercado con el encargado de la exposición, lo que suscitó la crítica de Porfirio Díaz, quien consideró indecorosa la conducta de Laura. Justo Sierra la disculpó, pero reconoció que ella tenía un carácter mordaz e intolerante (p. 283). Poco tiempo después se quejaba el mismo Justo Sierra de una carta de ella, “violenta y áspera como todas las suyas”.

El informe de Laura de lo que se habló en las sesiones es muy interesante y muestra el predominio de opiniones conservadoras: el peligro de que los maestros alentasen la actividad de los sindicatos; que la educación de la raza negra (inferior) debía ser limitada; el éxito en Filipinas gracias a la erradicación de la lengua local y del español en la escuela pública gratuita; se deploraban los funestos resultados de la coeducación; la escuela superior para las mujeres trastornaba las leyes de la naturaleza porque ellas se masculinizaban con el ideal de parecer hombres. Claro que nada de esto son opiniones de ella, pero una vez más queda en duda su feminismo cuando declara, ahora sí con convicción, que la eman-

cipación femenina promovida en las escuelas tendría altos costos sociales porque ocasionaba estragos de auténtica desintegración familiar y profundizaba las diferencias éticas y sociales (p. 276).

En 1906 viajó al congreso de educación en Italia y luego a Alemania, una vez más como observadora de las nuevas tendencias educativas. En Berlín estuvo casi cinco años con su hija Alicia, y le sorprendió que en Alemania se castigara a los niños con golpes, bofetadas o punterazos; en México estaban prohibidos los castigos físicos desde la reforma de Juárez. Mílada Bazant anota que “con la edad se volvió una intransigente moralista” (p. 333), pero, a juzgar por su biografía y por sus textos, se diría que Laura nunca pretendió poner en duda la validez de la moral imperante, sino que fue una joven de notable inteligencia, con méritos literarios suficientes para abrirse espacio en un ambiente de figuras destacadas, y que fue arrastrada por una pasión juvenil, deslumbrada por el poeta inspirado que fue Manuel Acuña, quien nunca fue el amante leal que ella esperaba; simplemente amaba a otra y prefirió liberarse de la joven inexperta que era Laura. También parece seguro que su experiencia y sus viajes le dieron conocimientos pedagógicos superiores a lo aprendido en la escuela, los cuales se reflejaron en sus escritos. Sugiere la autora que es muy probable que los informes de Laura sobre las experiencias de otros países influyeran en la reforma de la educación promulgada por Justo Sierra en 1908, con carácter nacional; pero no fueron las únicas aportaciones pedagógicas que llegaron a México, ya que por aquellas fechas se introducían novedades en las escuelas de Enrique Laubscher en Orizaba y Enrique Rébsamen en Veracruz.

Otro fracaso de Laura fue que rechazaran el libro de texto que preparó para las escuelas. En cambio pudo publicar *El hogar mexicano*, de economía doméstica. Regresó a México en julio de 1910, en medio del alborozo por los festejos del centenario. Poco después estalló la revolución. En esas circunstancias era difícil que le perdonaran su afinidad con el régimen de Porfirio

Díaz. Y así fue cómo con cerca de 70 años y su salud deteriorada, le tocó ser inspectora de las escuelas de Xochimilco y Milpa Alta e impartir clases de español para los adultos que sólo hablaban náhuatl. Más tarde fue ayudante en una escuela elemental, y mientras imploraba por un puesto acorde a su nivel intelectual le exigían impartir clases de labores manuales y le pedían documentos imposibles de conseguir. La mala voluntad de la directora de la escuela y el desdén de las autoridades educativas pueden atribuirse a recelos políticos y al difícil carácter de Laura. Por fin se jubiló en 1926, con 73 años.

La agitada biografía de Laura Méndez da oportunidad a M. Bazant para exponer la situación de México antes y después de la revolución, el ambiente literario, las pugnas políticas, los esfuerzos por difundir la enseñanza escolar y las trabas impuestas por la creciente burocracia. Si bien la personalidad de Laura domina todos los capítulos, no deja de apreciarse en ellos la capacidad de reflexión y la sensibilidad histórica de la autora, para destacar los momentos sobresalientes en el mundo de la política y de las letras, las circunstancias críticas, el impacto de novedades e influencias extranjeras y los choques entre figuras públicas y actitudes antagónicas. Más que leer una biografía, disfrutamos una historia de las entretelas de la vida de un país convulso y de una sociedad indecisa entre la tradición y la modernidad. Sin la pretensión de presentar un estudio literario de la época ni un análisis de la política nacional, el libro nos ofrece los datos necesarios y los comentarios pertinentes para comprender la vida en México en el difícil paso del porfiriato a la revolución y posrevolución. Hay erudición pero, sobre todo, domina la capacidad para entender la importancia del ambiente en situaciones aparentemente irrelevantes de la vida cotidiana. No importa tanto enumerar nombres, fechas o acontecimientos como encontrar los detalles que nos permitan, a la vez que disfrutar con la lectura, tener la satisfacción de comprender mejor nuestra historia.

Y la respuesta a la pregunta pendiente es que Mílada Bazant está lejos del feminismo militante y de ninguna manera pretende hacer una historia de mujeres al margen de los hombres, lo cual habría dado la razón a quienes piensan que son, efectivamente, mundos aparte. Al reflejar las contradicciones entre la tradición y la modernidad, el libro es una aportación a la historia del México del tránsito del siglo XIX al XX contemplado por los ojos de una mujer cuya tragedia consistió en vivir en un mundo que apenas podía admitir sus méritos literarios y siendo compañera de poetisas que la relegaban a una posición subalterna que, según sus convicciones, le correspondía como mujer. Y Laura no estuvo tan alejada del feminismo, pero el feminismo del siglo XIX nada tiene que ver con el del XXI. Ella renunció a los “placeres de esclava” que satisfacen a las mujeres sumisas dependientes de las dádivas masculinas, pero no a la maternidad, que le proporcionó más dolores que gozos; criticada por su liviandad, fue, sin embargo, una fiel esposa y viuda de intachables costumbres. A Laura no la dejaron ser heroína y tuvo que esperar casi un siglo para que su biografía nos la muestre como la valiente e inteligente mujer de carácter brusco y tesón indomable que realmente fue. Y su biógrafa ha logrado más que un retrato individual, una panorámica de su tiempo.

Pilar Gonzalbo Aizpuru

El Colegio de México

GUSTAVO GARZA y JAIME SOBRINO (coords.), *Evolución del sector servicios en ciudades y regiones de México*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, 2009, 875 pp. ISBN 978-607-462-034-4

A pesar de la creciente hegemonía de las actividades de servicios y de su alta concentración en zonas metropolitanas, en México

las investigaciones históricas, sectoriales, urbanas y regionales sobre este sector no son abundantes, debilidad significativa si se considera que 95% del producto nacional es generado por actividades terciarias y de transformación. En ese sentido, es una temática prioritaria que plantea una amplia agenda de investigación a cuyo propósito contribuye el libro *Evolución del sector servicios en ciudades y regiones de México*, coordinado por los doctores Gustavo Garza y Jaime Sobrino, investigadores del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales de El Colegio de México. La obra es producto de una larga línea de trabajo de ambos autores y parte de una trilogía de libros que entregan un amplio diagnóstico sobre la estructura, dinámica y distribución geográfica del comercio y los servicios en todos los estados y principales ciudades del país.¹

Es un volumen extenso, de 875 páginas, integrado por 17 capítulos agrupados en tres partes; la primera se titula “Características históricas del sector servicios en la Ciudad de México”, con cuatro capítulos que cubren un largo periodo histórico, desde el siglo xvii hasta 1842; las dos partes siguientes reúnen 13 capítulos que analizan la cobertura espacial y las especificidades de los servicios entre los años 1980 y 2003. En la segunda parte, titulada “Ámbitos territoriales de las actividades económicas terciarias”, se presentan nueve capítulos encabezados por el capítulo v —escrito por Gustavo Garza—, que es un puente entre los capítulos históricos que finalizan en 1842 y los restantes que analizan la estructura y dinámica del sector terciario en nueve estados y una ciudad: Baja California, Morelos, Jalisco, Nuevo León, Campeche, Yucatán, Quintana Roo, Guerrero, Querétaro y la Zona

¹ Gustavo GARZA (coord.), *Macroeconomía del sector servicios en la Ciudad de México, 1960-2003*, México, El Colegio de México, 2008 y *La organización espacial del sector servicios en México*, México, El Colegio de México, 2006.

Metropolitana de Puebla. Finalmente, la tercera parte, titulada “Singularidades del sector terciario por ciudades y regiones”, ajusta su mirada entre la década de 1990 y el año 2003 con cuatro capítulos preocupados por la ciudad de México y el Área Metropolitana de Toluca.

De estos trabajos nos interesan los capítulos de la primera parte y las consideraciones metodológicas que el profesor Garza expone en el capítulo v “Hacia una nueva teoría del desarrollo económico urbano”, que nos permitirá tener una lectura de conjunto la obra, señalar sus potencialidades para el análisis histórico, plantear algunos temas para una agenda sobre historia de la movilidad en México y rescatar la importancia que los autores le otorgan a las relaciones entre infraestructura, transporte, política e instituciones en la conformación de las ciudades mexicanas. Los capítulos en cuestión son el primero, “Nueva España y Ciudad de México: hegemonía del sector servicios en las postrimerías del siglo XVIII”, a cargo de Gustavo Garza y María Eugenia Terrones; el segundo, de Guillermina del Valle Pavón, sobre los “Servicios fiscales y financieros del Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México, siglos XVII y XVIII”, el tercero, de Regina Hernández Franyuti, titulado “El aparato de gobierno virreinal y el Cabildo de la Ciudad de México” y el capítulo iv, “Peculiaridades del sector terciario en la Ciudad de México, 1790-1842”, de Sonia Pérez Toledo. Estos trabajos se unen al resto del libro a través del capítulo “Hacia una nueva teoría del desarrollo económico urbano”, que el autor define como un puente metodológico para descubrir los nexos históricos del proceso de servicialización de México desde el siglo XVIII hasta inicios del XXI (p. 199). Pero este capítulo también puede considerarse una “llave” para entender el conjunto de la obra y la propuesta de llevar a cabo un análisis histórico-estructural sobre los servicios en ciudades y regiones. En particular, destaca la importancia de la infraestructura como capital social acumulado construido por el Esta-

do, así como el papel de la ciudad como activo nacional para la competitividad internacional.

El autor señala que la casi totalidad de la producción en el mundo contemporáneo es manufacturera y terciaria, la cual se realiza básicamente en las ciudades, por esa razón la competitividad nacional depende fundamentalmente de la eficiencia de sus urbes. Por ello considera a las ciudades como “activos nacionales” que facilitan altos y crecientes niveles de productividad para las empresas, a la vez que son el motor central de las economías desarrolladas y subdesarrolladas. La capacidad de la fuerza de trabajo, junto con la calidad y suficiencia de la infraestructura de las ciudades, son variables que deben incorporarse en cualquier explicación de la productividad, eficiencia o competitividad de las ciudades (pp. 198, 220-223).

Para analizar estos fenómenos, Gustavo Garza plantea su discrepancia con los enfoques neoclásicos de la economía urbana y de la economía política sobre la función de la ciudad en el proceso de producción de bienes y servicios. Critica los modelos que tratan de explicar la morfología urbana más que el desarrollo económico de la ciudad, razón por la cual intenta avanzar en el conocimiento de las categorías históricas que determinan la expansión urbana, así como el vínculo entre el desarrollo económico y la urbanización. Para esto propone una función de la producción urbana que define como las condiciones generales de la producción, es decir, como un factor de producción que subsume al trabajo y al capital privado en el ámbito urbano (pp. 197-198, 201). Señala la necesidad de estudiar pormenorizadamente la función de la infraestructura para el proceso productivo de las ciudades que cobra gran relevancia en el contexto de la globalización de las economías, pues las metrópolis tienen que competir con sus contrapartes de otros países (p. 218). La expansión de la infraestructura y el equipamiento de las ciudades bajo la égida del Estado constituye un capital social creciente que se yuxtapone

con la construcción por los agentes inmobiliarios de viviendas y edificaciones comerciales e industriales, y con ello se produce el espacio urbano (p. 229).

Estas propuestas se incorporan en el primer capítulo, “Nueva España y Ciudad de México: hegemonía del sector servicios en las postrimerías del siglo XVIII”, a cargo de Gustavo Garza y María Eugenia Terrones, en donde se hace una crítica a la historiografía económica existente por haber analizado aisladamente el comercio, sin constatar la importancia real del sector terciario en su conjunto, ni mucho menos atisbar su futura hegemonía (p. 49). Frente a ese vacío, los autores establecen que los servicios tuvieron una temprana y significativa presencia desde el periodo colonial; para esto llevaron a cabo una estimación de la magnitud macroeconómica del comercio y los servicios en Nueva España, incorporando estas ramas en las estadísticas de contabilidad nacional existentes en las postrimerías del periodo colonial. Lo cual les permite cuestionar la metodología y los resultados de los cálculos hechos por John Coatsworth sobre la estructura del PIB para el año de 1800, señalando como un error grave haber omitido el valor de la iglesia católica, que era la institución más poderosa y fuente de crédito (p. 57). Los resultados obtenidos por Garza y Terrones muestran un notable peso del sector terciario en la economía virreinal, en donde 52.2% del PIB de la Nueva España era generado por el sector primario, seguido por 27.7% del sector servicios y en tercer lugar por el sector secundario con 20.1% del total; este resultado es consistente con la estimación que hacen para el año 1895, cuando el sector servicios alcanza 37.9% del total (pp. 63-64). A su vez, señalan los problemas que debió enfrentar el sector terciario y que frenaron su mejor desempeño, dados por la débil dotación de infraestructura de caminos y el escaso desarrollo de los transportes, basados en la arriería como servicio general de circulación, actividad que estaba sometida a altos costos por la alcabala y a controles públicos y corporativos (pp. 82-83).

Si bien se enfatiza la importancia de la infraestructura y el transporte, no se presentan estudios de caso sobre las relaciones entre transporte, infraestructuras y operadores, salvo la arriería en el periodo colonial. Esto se debe a un gran salto de tiempo en el libro, porque no hay capítulos que analicen los años que van entre las décadas de 1840 y 1980, vacío que se explica por el carácter de la obra, que no es entregar un estudio histórico extenso, sino avanzar en una agenda de investigación que incorpore las dimensiones históricas al análisis de la conformación urbana y terciaria contemporánea.

No obstante, debe señalarse que esos 140 años presentan un gran potencial para desarrollar más el tema central del libro. Tal como lo establecen los autores, la falta de interés por la historia de los servicios es notable, lo cual también se puede extender a la historiografía sobre la infraestructura, los transportes y la movilidad en México. La historia económica no se ha interesado mucho en los servicios ni en analizar las diversas formas de movilidad; desde la década de 1970 el ferrocarril llamó la atención de historiadores —como Coatsworth— interesados en el desempeño económico, aunque no lo insertaron en la historia urbana. No obstante, algunas evidencias provenientes de una historia más interesada en la conformación de los espacios regionales, las instituciones y los negocios entrega pistas para el largo periodo entre 1840 y 1980, durante el cual ocurrieron dos fenómenos históricos relevantes: la mecanización de los transportes y la revolución mexicana.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, el país asistió a la introducción del ferrocarril como un nuevo medio masivo de transporte que construyó una nueva infraestructura y operó con tecnología generada por la revolución industrial. Sin embargo, el ferrocarril se implantó sobre los viejos trazos coloniales por los que se movía la arriería,² ya que el trazo férreo unió las mismas

² Véase Sergio ORTIZ HERNÁN, *Caminos y transportes en México: Una*

terminales extremas y los mismos trayectos, aproximadamente, de los viejos caminos reales y carreteros de la época colonial, que servían a una matriz de circulación interna de los sistemas de intercambio que ubicaban a la ciudad de México como predominante en el territorio.³ A esto debe agregarse la revolución mexicana como un fenómeno clave para explicar el proceso de terciarización del país, ya que entre 1910 y 1920 frenó el potencial ferroviario y a la vez permitió la entrada de nuevos medios y operadores de transporte que modelarían los espacios urbanos y las tecnologías de los servicios. Durante el conflicto los bandos en pugna emplearon como ejes de movimiento los troncales ferroviarios, movilizándose desde el norte y sur hacia la ciudad de México, la frontera de Estados Unidos, el Golfo de México y las regiones occidentales.⁴ Pero también surgió el transporte automotor de pasajeros y de carga en estrecha alianza con el sistema político en formación; tempranamente se dio un ensamble

aproximación socioeconómica, fines de la colonia y principios de la vida independiente, México, Secretaría de Comunicaciones y Transportes, Fondo de Cultura Económica, 1994; Clara Elena SUÁREZ ARGÜELLO, *Camino real y carrera larga: la arriería en la Nueva España durante el siglo XVIII*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1997; Emilia VELÁZQUEZ, *Cuando los arrieros perdieron sus caminos: la conformación regional del Totonacapan*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1995; Orépani GARCÍA RODRÍGUEZ (coord.), *Nueve ensayos de caminería*, San Nicolás de Hidalgo, Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Escuela de Historia, 2000.

³ Véase Alejandra MORENO TOSCANO, "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910", en *Historia Mexicana*, XXII:2(86) (oct.-dic. 1972), pp. 160-187; Gustavo GARZA VILLARREAL, *El proceso de industrialización en la ciudad de México, 1821-1970*, México, El Colegio de México, 1985.

⁴ Véase Guillermo GUAJARDO SOTO, "Tecnología y campesinos en la Revolución Mexicana", en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 15:2 (1999), pp. 291-322.

entre la nueva tecnología del vehículo automotor y el interés de los actores sociales por la actividad empresarial y consolidar el poder político. En ese proceso la ciudad cumplió un papel relevante en un ambiente de guerra civil que se libraba en el medio rural; las ciudades y en particular la ciudad de México fueron centros de control y plataformas de gobernabilidad sobre los territorios adyacentes.

Cambio tecnológico y construcción de una nueva institucionalidad se ajustan a lo indicado por Gustavo Garza cuando critica a los modelos urbanos abstractos que no incorporan los aspectos históricos ni políticos, ya que la inversión en infraestructura es una función central y preponderante del Estado que permite entender los fenómenos territoriales, pues la producción social del espacio construido bajo la égida estatal constituye un factor de producción socializado sin el cual la actividad de las empresas no es posible (pp. 202 y 211). A esto se ajusta el caso de la expansión del vehículo motorizado y los negocios inmobiliarios que crecieron junto con el nuevo régimen que implementó una política de caminos a partir de 1925. Carreteras y camiones se fueron apropiando del tráfico ferroviario en distancias inferiores a 200-250 km en torno a los centros urbanos, a la vez que caminos y autobuses abrieron nuevas rutas, mercados y negocios como el turismo, siendo Acapulco desde 1934 el caso más característico que a su vez contribuyó al desarrollo de empresas de autobuses y de aviación.⁵ Este fenómeno se replicó a partir de 1970 con el polo turístico de Cancún, en el Caribe mexicano, basado en la disponibilidad de comunicación aérea con Estados Unidos.⁶

⁵ Véase Samuel SALINAS ÁLVAREZ, *Historia de los caminos de México*, México, Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos, 1994, 4 vols.

⁶ Véase Carlos MACÍAS RICHARD y Raúl PÉREZ (coords.), *Cancún: los avatares de una marca turística global*, México, Bonilla Artigas Editores, Universidad de Quintana Roo, Conacyt, 2009; Juan BOGGIO VÁZQUEZ, "Emprendimientos empresariales en el Caribe mexicano: innovación

En todo este panorama un lugar central lo ocupa la ciudad de México, cuya historia como capital en buena medida ha sido —como lo señala Bernardo Navarro— la historia del transporte y los servicios.⁷ Fue sede de un imperio indígena, capital virreinal, y en su área se han sedimentado diversas infraestructuras, medios e instituciones; un lago en donde se desarrollaron medios y rutas de transporte fluvial que permanecieron hasta el siglo xx, compartiendo las barcas con las mulas, el motor y la electricidad.⁸ Desde la década de 1930 el motor desplazó al tranvía y a las barcas y para la década de 1960 la ciudad era servida por 29 empresas de transporte urbano cuyos propietarios, dirigencia y conductores estaban afiliados al partido del gobierno.⁹ Este grupo de interés fue un formidable obstáculo para la construcción del metro, obra que se inició en 1967 y que debió enfrentar la oposición del *lobby* camionero que impidió su expansión has-

y relaciones entre turismo e infraestructura aeroportuaria a inicios del siglo xxi”, en Guillermo GUAJARDO (coord.), *Innovación y empresa: estudios históricos de México, España y América Latina*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, Fundación Gas Natural, 2008; Rebecca TORRES, “Linkages between tourism and agriculture in Mexico”, en *Annals of Tourism Research*, 30:3 (2003), pp. 546-566.

⁷ Véase Bernardo NAVARRO BENÍTEZ, “El metro de la ciudad de México”, en *Revista Mexicana de Sociología*, 46:4 (1984), pp. 85-102.

⁸ Véase Héctor Manuel ROMERO, *Historia del transporte en la Ciudad de México: de la trajinera al Metro*, México, Secretaría General de Desarrollo Social, 1987; Carlos GONZÁLEZ MANTEROLA (coord.), *Treinta años de hacer el metro: Ciudad de México*, México, Espejo de Obsidiana, 1997; Sistema de Transporte Colectivo, *El metro cumple 20 años llevándole a su destino*, México, Sistema de Transporte Colectivo, 1990.

⁹ Véase Héctor Manuel ROMERO, *Esquina bajan: los inicios del auto-transporte público en la Ciudad de México*, México, Delegación Cuauhtémoc «Cuadernos de la Ciudad de México, 7», 1982; Jesús RODRÍGUEZ LÓPEZ, *El transporte urbano de pasajeros de la ciudad de México en el siglo xx*, México, Gobierno del Distrito Federal, 1999.

ta 1976 porque era un obstáculo para su negocio; no obstante, en las décadas siguientes el metro se expandió y coexistió con el crecimiento del popular y masivo servicio de taxis sobre el cual se sigue moviendo la historia de la movilidad de México.¹⁰

En la actualidad se experimenta un fenómeno similar al que se dio en la década de 1920, cuando el automóvil compitió con el ferrocarril y el tranvía. Hoy en día emprendedores populares aprovechan un nuevo vehículo, los *Passenger Carriers*, “moto taxis” o “moto carros” de tres ruedas, fabricados por la empresa india Bajaj, que se expanden por ciudades y pueblos de Campeche, Tabasco, Oaxaca y Puebla. Sus operadores son gente modesta, pescadores, desempleados, pequeños comerciantes que ofrecen una nueva movilidad barata y flexible vinculando las periferias populares y colaborando con la penetración urbana en las áreas rurales adyacentes.

Todas estas historias pueden encontrar una estimulante aproximación teórica y una ruta metodológica relevante en el libro coordinado por los doctores Garza y Sobrino, como también cubrir el largo período histórico que se vincula a la estructura, dinámica y distribución geográfica del comercio y los servicios en el México moderno será una agenda de trabajo extensa y una necesidad en los años futuros.

Guillermo Guajardo Soto

Universidad Nacional Autónoma de México

¹⁰ Bernardo NAVARRO, *Ciudad de México: el metro y sus usuarios*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Departamento del Distrito Federal, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993; Bernardo NAVARRO (coord.), *Los taxis de la ciudad de México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2004.

MARIO BARBOSA y SALOMÓN GONZÁLEZ (comps.), *Problemas de la urbanización en el Valle de México, 1810-1910. Un homenaje visual en la celebración de los centenarios*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, «Los Centenarios», 2009, pp. ISBN 9786074771336

A lo largo del año 1791, el erudito novohispano José Antonio Alzate y Ramírez publicó una serie de descripciones topográficas sobre la ciudad de México. Desde la tradición neohipocrática, Alzate presenta explicaciones sobre las aguas, los aires y la orientación de la ciudad, así como sobre sus recursos naturales y humanos. Ostensiblemente, el interés de Alzate rebasa la mera curiosidad científica y sus descripciones topográficas son parte de una estrategia política: en su calidad de conocedor local de la ciudad que observó y estudió a lo largo de su vida, Alzate reclama para sí el derecho de hacer propuestas sobre el destino de la urbe que se discutía fervientemente en aquel momento de finales del siglo XVIII. Ante proyectos europeos de desecar el lago de Texcoco, el criollo muestra la importancia de las lagunas para el futuro económico y social de la ciudad: lagos y canales aseguraban transporte barato y la caza de patos y la pesca eran un medio de subsistencia para los más pobres que vivían en las orillas de las aguas. Por otro lado, desecar los lagos, argumentaba Alzate, sólo dejaría atrás un polvo cáustico que nada servía para la agricultura y que se infiltraba en los pulmones de la gente provocando enfermedades. Los pobres que vivían de la cacería y la pesca y de vender petates de junco, serían víctimas de hambrunas y no tendrían más opción que engrosar las hordas de pobres, hambrientos y harapientos que pululaban por el centro de la ciudad de México. A lo largo de los siguientes dos siglos, los lagos que circundaban la ciudad de México se vieron seriamente mermados por reformas que veían en el control, y sobre todo en la desaparición de los lodazales y de los pantanos, un sello inequívoco del pro-

greso y de la modernidad. Alzate perdió el debate. Pero, más que evaluar el mérito de sus predicciones, quisiera hacer aquí hincapié en uno de los rasgos más innovadores de su pensamiento sobre la ciudad: lejos de separar entre naturaleza y cultura, para Alzate la ciudad formaba un complejo equilibrio entre su geografía y los actos que pretendían aprovechar, reformar o desaparecer sus rasgos. Cambiar cualquiera de sus variantes —humanas o naturales— implicaba un cambio irrevocable en el delicado equilibrio de la ciudad lacustre. En otras palabras, para Alzate, la geografía era historia, el espacio, tiempo.

El libro *Problemas de la urbanización en el Valle de México, 1810-1910* aborda algunos de los retos más persistentes en la urbanización de la ciudad de México entre la independencia y la revolución (varios de estos problemas desafiaban ya a los contemporáneos de Alzate): la relación de la ciudad con las lagunas que la rodeaban y los canales que surcaban su interior, el manejo del exceso de agua y de los deshechos, el transporte, el congestionamiento, el aprovisionamiento con víveres y agua potable, el crecimiento demográfico, el control y segregación de los espacios públicos, la regulación de las costumbres y hábitos de la población urbana, la seguridad y el bienestar físico y moral de los habitantes. Los ocho artículos constituyen, en palabras de sus editores, “una síntesis temática de importancia para la historia local” y piensan los retos enfrentados por la ciudad de México a lo largo del siglo XIX desde una convicción que comparten con Alzate, a saber, la geografía es historia; el espacio, lejos de ser natural, es producto de las decisiones y los gestos que aspiran leerlo, clasificarlo, representarlo, exhibirlo, intervenirlo, controlarlo.

Que el espacio constituye el eje articulador del libro es evidente: el subtítulo de esta compilación, “Un homenaje visual en la celebración de los centenarios”, nos adelanta la riqueza y calidad gráfica del libro, que consiste en un número considerable de fotografías, dibujos, grabados de la ciudad y de su gente, así como

tablas, mapas y planos, provenientes de varios archivos, nacionales e internacionales. Celebro la complicada labor que desarrollaron los editores y los autores, de localizar, recopilar y reproducir estas imágenes con el propósito de enriquecer los textos con registros visuales poco explorados. El compromiso del libro con lo visual rebasa, sin embargo, la mera reproducción de imágenes preexistentes. Mediante Sistemas de Información Geográfica (SIG) —orientados a la representación y análisis geográficos de eventos y objetos— se prepararon 35 mapas que incorporan información proveniente de folletos, reportes y periódicos, hasta planos y mapas del siglo XIX.

El valor del análisis espacial no es exclusivamente representacional sino sobre todo heurístico: el análisis del espacio sirve no sólo para integrar datos a mapas del siglo XIX, sino para imaginar nuevas preguntas y articular relaciones antes no previstas. Para Mario Barbosa, por ejemplo, una serie de mapas sobrepuestos permite reconocer de un vistazo cambios en los contornos de la ciudad a lo largo del siglo XIX y concluir que al crecimiento urbano le correspondió también una mayor densificación demográfica en algunas zonas, o sea, que la ciudad se expandió espacialmente porque las élites llegaron a vivir en fraccionamientos con manzanas holgadas y amplias en el poniente, mientras los sectores populares experimentaron una mayor aglomeración. En su artículo que cierra el libro, Barbosa nos presenta un mapa de principios del siglo XX donde ubicó mercados, lugares de trabajo en la calle, habitaciones de trabajadores callejeros, para exhibir la presencia de rumbos y desmentir algunos de los supuestos con los cuales se han estudiado las ciudades modernas: la forma de vivir la ciudad no correspondía a categorías funcionales o administrativas, sino a usos sociales específicos. Asimismo, el análisis espacial refuerza el argumento de Hugo Betancourt León, de que la llegada del ferrocarril a México implicó también una nueva concepción del tiempo, del trabajo, de la ciudad y sus alrededor-

res: a principio del siglo XIX, el espacio vivido por los habitantes se reducía a unas cuantas calles; el tren y el tranvía hicieron posible que los trabajadores viajaran desde sus vecindades a fábricas como la de Loreto y que los acomodados tuvieran sus casas en Tacubaya.

El “giro espacial” en la historia y en las ciencias sociales, reza la introducción, resalta la especificidad y las particularidades de los lugares y renuncia a las grandes generalizaciones. Pero, aun cuando se interesan por momentos y coyunturas particulares, los ocho ensayos de este libro no esquivan las visiones de conjunto: María Eugenia Terrones López abre la colección con una visión secular de la cuenca de México, reseñando los diferentes proyectos —desde la época prehispánica hasta el siglo XX— para desecar los lagos que circundaban la ciudad. Otros autores, Ernesto Aréchiga Córdova, Mario Barbosa, Hugo Betancourt León, María Dolores Lorenzo Río, siguen procesos de larga duración —caminos y transportes, reglamentación del ocio y del espacio público, obras hidráulicas— que se escapan a las cronologías rígidas y no coinciden con fechas canónicas (a pesar de que el título del libro insiste en celebrar los centenarios). Las historias abarcadas por los autores no son tanto historias de rupturas sino de continuidades, de obstinación, resabio, resistencia, de difícil convivencia de la tradición y la modernidad. Ernesto Aréchiga encuentra, por ejemplo, la presencia de viejos sistemas coloniales de consumo del agua y de canalización de desechos, como atarjeas, acueductos, zanjas, que serán reemplazados por el sistema actual de desagüe hasta finales del siglo XIX. En la ciudad de María Dolores Lorenzo persisten los espectáculos callejeros de todo tipo —algunos heredados de las formas de diversión y entretenimiento coloniales—, cuando la moral pública dictaba encerrar los espacios de entretenimiento para controlarlos mejor. La ciudad de México de 1910, que pretendía ser metrópoli moderna, conservaba “sus rasgos de centro comercial con un alto porcentaje de población

indígena, campesina e inmigrante interna que seguía viviendo a su manera los espacios públicos y se acostumbraba lentamente a la transformación y modernización”.

Uno de los retos de la historia de larga duración es cómo no caer en teleologías fáciles: las cosas ocurrieron porque tenían que ocurrir de una y no de otra forma. Los ensayos más logrados de esta compilación nos muestran que la historia no es ni natural ni evidente y que las decisiones que marcaron el destino de la ciudad no fueron tomadas porque tenían un valor intrínseco o encerraban verdades absolutas frente a propuestas que no triunfaron, sino porque correspondían a resistencias, inercias, intereses y usos específicos. María Dolores Lorenzo exhibe cómo, bajo el pretexto de la educación, filantropía, decoro y salud moral, se ensanchó la diferenciación de los espacios de ocio para las élites y los sectores populares —tendencia observable desde finales de la época colonial. ¿Qué se ganó con los cambios que experimentó la ciudad a lo largo del siglo XIX? Por el contrario, ¿qué formas de vivir la ciudad quedaron atrás? Hugo Betancourt escribe, por ejemplo, que dejar la mula por el tranvía implicó no solamente un cambio en la percepción del tiempo y del espacio sino nuevos patrones de migración, de comunicación y de experiencias colectivas. En un evocador cuento de Manuel Gutiérrez Nájera, el tranvía es un espacio de convivencia donde el pasajero/detective lee las fisionomías de los demás pasajeros, los observa, se pregunta por sus secretos. Como los cafés y las tertulias, el transporte colectivo representa en el siglo XIX una forma nueva de sociabilidad. Esto nos lleva a preguntarnos a la vez, ¿qué perdimos a lo largo del siglo XX, al renunciar cada vez más al transporte colectivo a favor del auto individual?

La tecnología, reflexiona Betancourt, es mucho más que un asunto pasivo de vidrio, acero, madera, vapor o electricidad: ciertos sistemas tecnológicos —trenes, tranvías, barcos, redes de agua potable— son inseparables de hábitos sociales, articulan usos y

rituales de tal forma que resulta casi imposible pensar que la vida sería posible sin ellos. La moderna red de alcantarillas, triunfo del porfiriato, nos explica Ernesto Aréchiga, por ejemplo,

[...] fue una base material para la difusión de dos innovaciones introducidas en las viviendas de la ciudad: el baño de ducha y el agua de la taza de baño [...] ambos aparatos significaron nuevos hábitos de higiene entre la población, nuevos gestos cotidianos para la limpieza del cuerpo, cierto grado de despreocupación en torno a las aguas residuales.

Fueron desplazados los aguadores que provisionaban con agua las residencias, desaparecieron los lavaderos públicos que congregaban a los habitantes de una vecindad en torno a la única toma de agua. La ciudad —o partes de ella— se modernizaba según nociones higienistas ilustradas. Híbrido tecnológico-social, el régimen moderno del uso del agua es reflejo de una serie de decisiones racionales que parecen hoy imposibles de revocar. No obstante, Ernesto Aréchiga nos invita, precisamente, a desnaturalizar las tecnologías y los rituales que articulan sus usos, a explorar sus contradicciones: los servicios urbanos de agua potable y alcantarillas nunca beneficiaron a toda la población y, más preocupante todavía, el consumo moderno de agua nos parece hoy, más que nunca, caduco y amenazador por despilfarrador.

En el ensayo final, Mario Barbosa se sitúa en el año crítico de 1910 para preguntarse por los límites de la modernización urbana. Destaca, como lo han hecho varios autores, las contradicciones del proyecto modernizador: si hubo mejores sistemas de transporte o de agua, no todos los habitantes de la ciudad fueron favorecidos. Si la ciudad creció, lo hizo de maneras diferentes para los ricos y los pobres. Una tendencia constante a lo largo de cien años fue la mayor fragmentación de la vida pública, la reducción de la convivencia entre distintos sectores sociales, la segregación

gación de los espacios públicos. El mérito del libro, sin embargo, no radica simplemente en la habilidad de los autores de reseñar tendencias, sino en descifrar los gestos y decisiones que impulsaron las modificaciones urbanas durante el siglo XIX, no como cúmulo de actos irrevocables, sino como momentos coyunturales, tomas de posición, justificaciones, encuentros de miradas y propuestas. En cada momento, nos invitan a reflexionar los autores, hubo alternativas y elecciones, se jugaron supuestos sociales y culturales, intereses económicos y políticos, concepciones espaciales. Cuando dejemos de escribir la historia como la progresión natural de momentos ineludibles, el presente también se volverá más maleable.

Miruna Achim

Universidad Autónoma Metropolitana-Cajmalpa

MARCO ANTONIO SAMANIEGO LÓPEZ, *Nacionalismo y Revolución: los acontecimientos de 1911 en Baja California*, Mexicali, Centro Cultural Tijuana, Universidad Autónoma de Baja California, 2008, 648 pp. ISBN 9789707351035

Durante un largo tiempo, ha existido la impresión entre los historiadores de que los estudios realizados en torno a la revuelta magonista en Baja California en 1911 habían sido efectuados con una visión desde afuera, sin indagar lo bastante sobre las características de la región en donde tuvieron lugar muchos de los acontecimientos. También se consideró que no se habían analizado con suficiente detalle los diversos grupos de esta zona cuyos miembros se habían involucrado en la campaña de una u otra manera.

El libro reciente de Marco Antonio Samaniego López, *Nacionalismo y Revolución: los sucesos de 1911 en Baja California*, es

un intento para suplir esta deficiencia al mismo tiempo en que se intenta, además, englobar dentro de sus parámetros una revisión crítica de varios aspectos estudiados por otros historiadores anteriormente.

Una de las aportaciones principales del libro de Samaniego López es su análisis detallado de los distintos grupos de integrantes que lucharon con las fuerzas insurrectas y federales —los agricultores, rancheros, indígenas y voluntarios extranjeros—, así como de aquellos miembros de la población civil que, aun cuando no hubieran tomado parte activa en los combates, se vieron afectados de una manera u otra por los vaivenes de la lucha. Su examen de los rancheros del valle de Mexicali y de los grupos indígenas de la región del río Colorado (los cúcopas y los yumas) y de la sierra de Juárez (los kiliwas y pai-pais, especialmente) arrojan considerable luz sobre el carácter y la magnitud de la participación de miembros de la población local en la lucha. Los resultados de su análisis de los combatientes mexicanos en la campaña —algunos de los cuales lucharon en favor de la revuelta mientras que otros pelearon en contra— subraya el hecho de que la lucha en esta zona —que de manera semejante ha sido la conclusión de estudios sobre la revolución en otras regiones de México— constituyó una verdadera guerra civil.

Samaniego López señala que la tendencia de los historiadores a tachar a los bajacalifornianos que apoyaron la lucha contra los rebeldes de “porfiristas” o “reaccionarios”, ha resultado en una distorsión de los verdaderos intereses y actitudes de este grupo. Si bien apoyaron al gobierno de Díaz en la defensa del territorio de Baja California, no necesariamente compartían las ideas de éste sobre lo que deberían ser las metas políticas, económicas y sociales del país ni de la región bajacaliforniana en particular. Como señala Samaniego López, varios miembros de este grupo que cambiaron su lealtad a la facción ganadora en la lucha eran maderistas “de última hora”. No obstante, es evidente

que muchas de las personas influyentes del Distrito Norte, sobre todo en el caso de los comerciantes y representantes del consejo municipal de Ensenada, eran, como el historiador estadounidense Peter V. Henderson ha comentado con respecto al presidente interino Francisco León de la Barra, “porfirianos progresistas”. Tal caracterización también puede aplicarse a Madero y varias de las personas que colaboraron más cercanamente con él en el levantamiento de 1910-1911.

Al igual que otros historiadores que han escrito sobre la rebelión magonista en esta región, como Lowell L. Blaisdell y Lawrence Douglas Taylor Hansen, Samaniego López descarta la idea de que Ricardo Flores Magón y los demás integrantes de la Junta Liberal tuvieron la idea de separar la península de Baja California de México y anexarla a Estados Unidos, ni de que el gobierno estadounidense les haya dado apoyo financiero y material, sobre todo con respecto al armamento. Subraya, sin embargo, el hecho de que existía un sentimiento importante en favor de la anexión de Baja California y Sonora a Estados Unidos (o porciones de estas entidades) entre los miembros de ciertos sectores económicos estadounidenses (sobre todo los que tenían propiedades e inversiones en aquellas regiones). También señala, como en el caso de los trabajos de Blaisdell y Taylor, que este sentimiento tenía una larga trayectoria que se remontaba a los principios del siglo XIX por lo menos.

La supuesta “amenaza” de Estados Unidos en aquella época era real y todavía lo es, en muchos sentidos. A consecuencia de los atentados filibusteros del siglo pasado, las fuertes inversiones por parte de individuos y compañías extranjeras en la península, así como el deseo por parte del gobierno estadounidense de utilizar el territorio para sus propósitos militares, los habitantes de Sonora y Baja California todavía tenían miedo de una futura separación de estas áreas de México y su absorción a Estados Unidos. Su preocupación estaba bien fundamentada, especialmente en

cuanto a Baja California, dado que la idea de anexar la península había echado raíces en la mente de muchos estadounidenses, sobre todo de aquellos que vivían en el suroeste, cerca de la frontera. Había muchas personas dentro de la sociedad estadounidense en general, e incluso en el gobierno, que habrían querido que su país ejerciera el control o la soberanía sobre Baja California y otras regiones del noroeste de México. Creían que estos territorios tenían poco valor para los mexicanos y que, en cambio, podían ser de gran beneficio para la futura grandeza y prosperidad de su propia nación. Propuestas formales en torno a la adquisición de la península por parte del gobierno de Estados Unidos surgieron de vez en cuando hasta bien entrado el siglo XIX.

Era natural, entonces, que cuando los magonistas iniciaron su revuelta en Baja California a finales de enero de 1911, con fuerzas que llegaron a contar con un alto porcentaje de extranjeros, los habitantes locales lo tomaran como una repetición de los ataques filibusteros del pasado y, por ende, reaccionaran en contra de lo que percibieron como una invasión y amenaza externa. Esta percepción de un movimiento “filibustero”, enfatiza Samaniego López, es importante para comprender la reacción de muchos bajacalifornianos con respecto a la revuelta así como su renuencia de unirse a los insurrectos. Este factor, junto con los actos de robo —o “confiscaciones” de tributo, como los magonistas los llamaban— y destrucción de propiedad cometidos contra la población local, contribuyeron a que los bajacalifornianos se alejaran del movimiento rebelde.

Los bajacalifornianos no pudieron comprender el razonamiento detrás de los argumentos proporcionados por Ricardo Flores Magón para permitir que extranjeros se enrolaran como voluntarios en el “ejército” liberal. Todavía estaban vivos en la memoria colectiva del pueblo peninsular y del noroeste de México en general los estragos provocados por las invasiones filibusteras de medio siglo atrás, todos los cuales habían sido, como la revuelta

encabezada por los liberales, ataques procedentes del extranjero. Entre los soldados rebeldes, vieron a muchas personas rubias, lo que para ellos significaba que eran “gringos” o “norteamericanos”, puesto que para los mexicanos en general, todo extranjero era estadounidense. No todos los combatientes liberales extranjeros tenían rasgos anglosajones o nórdicos, también había mezclados con ellos varios negros, muchos de los cuales eran obreros de la organización laboral Industrial Workers of the World (IWW) o ex combatientes de las fuerzas armadas estadounidenses.

Sin embargo, el rechazo de los bajacalifornianos para identificarse con los soldados rebeldes iba más allá de diferencias de origen étnico o racial; también reflejaba disimilitudes entre los dos grupos en términos de cultura nacional. En México, a lo largo de la época colonial y del primer siglo de vida como nación independiente, había estado formándose una identidad cultural nacional distinta a la europea en términos de raza, religión, idioma, etc., que estaba fuertemente arraigada a las antiguas civilizaciones indígenas de Mesoamérica. En el transcurso del siglo entre 1810 y 1910 en México, en particular, se sentaron las bases sobre las cuales, a partir de la lucha revolucionaria de 1910, se podría crear un sólido sentido de comunidad nacional. Las luchas del pueblo mexicano contra España, Estados Unidos y Francia, junto con las concesiones otorgadas por el gobierno de Díaz a los inversionistas extranjeros, no sólo pusieron de manifiesto para muchos mexicanos la necesidad de la unidad nacional, sino también despertaron entre ellos un sentimiento de xenofobia que serviría como elemento unificador para las diferentes facciones revolucionarias que surgieron en las décadas que siguieron al estallido de la revolución de 1910.

Como el destacado historiador estadounidense John Mason Hart ha comentado, la revuelta magonista en Baja California constituye un verdadero *patchwork quilt* de muchos colores y tejidos, cuya variedad y complejidad de actores e intereses invo-

lucrados constituye un desafío enorme para aquellas personas que se atreven a desentrañar sus secretos. El libro de Samaniego López constituye un eslabón importante hacia el enriquecimiento de nuestra comprensión de este episodio controvertido —pero a la vez altamente intrigante— en la historia de nuestra nación.

Lawrence Douglas Taylor Hansen

El Colegio de la Frontera Norte

Laura GIRAUDO, *Anular las distancias: los gobiernos posrevolucionarios en México y la transformación cultural de indios y campesinos*, prólogo de Marcello Carmagnani, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, 382 pp. ISBN 9788425914294

Hasta fines de los años ochenta, la historiografía del México moderno solía retratar al Estado surgido de la revolución (1910-1920) como un leviatán. Su control sobre campesinos y obreros parecía casi completo, y su partido oficial, el PRI, dominó las elecciones durante décadas. Sin embargo, los años noventa trajeron consigo cambios importantes. A medida que los historiadores revisaban los archivos nacionales, regionales y locales en busca de las “armas de los débiles”, entre otras cosas, y a medida que el campo de los estudios de la subalternidad les enseñaba a los historiadores a leer los documentos oficiales “entre líneas”, comenzó a dibujarse una imagen diferente, mucho más matizada, del Estado mexicano posrevolucionario. Ya no parecía capaz de imponer su voluntad sobre un populacho sumiso. Quizás no sea una coincidencia que, más allá del mundo de la investigación histórica, a menudo autónomo, el otrora invencible Estado mexicano monopartidista comenzara a doblarse bajo el peso de

asesinatos de alto nivel, corrupción, la insurgencia indígena en Chiapas y una importante crisis económica.

La historia de la educación era un campo lógico para buscar nuevos datos sobre la relación entre el Estado mexicano posrevolucionario, sus agentes (maestros e inspectores) y las poblaciones rurales. La Secretaría de Educación Pública (SEP), creada en 1921, fue el agente de ingeniería social más activo durante las dos primeras décadas posrevolucionarias, periodo en que se conformaron la nación y el Estado mexicanos. A medida que maestros e inspectores trataban de educar y modernizar el campo para “anular las distancias”, descubrieron que el programa modernizador de la SEP no podía imponerse con facilidad y a menudo requería complejas negociaciones entre inspectores, maestros y comunidades campesinas. El trabajo más influyente surgido de este subgénero fue *Cultural Politics in Revolution: Teachers, Peasants and Schools in Mexico, 1930-1940* (Arizona, 1997), de Mary Kay Vaughan. Este estudio de la Puebla y la Sonora posrevolucionarias, que ganó premios tanto de la American Historical Association y como de la Latin American Studies Association, sentó el precedente para una nueva generación de historiadores que recurriría a archivos de educación inéditos para buscar pistas en cuanto a la relación entre el pueblo y el Estado mexicanos en el periodo posrevolucionario.

El libro de Laura Giraudo, *Anular las distancias*, es la espléndida traducción al español de un libro cuya primera edición fue italiana, y sigue el espíritu del trabajo de Vaughan. Se trata de un estudio sumamente concienzudo sobre los intentos de la SEP por modernizar y transformar los estados clave de Puebla y Veracruz. Los primeros dos capítulos del libro ofrecen una revisión muy completa de la literatura sobre la construcción estatal y nacional en el México de los siglos XIX y XX. Asimismo, examinan cómo los escritores y pensadores mexicanos comenzaron a alejarse de las formas europeas y coloniales de abordar los conceptos de raza

y nación durante la segunda mitad del siglo XIX. Algunos pensadores mexicanos reconocieron una relación entre el mestizaje y la mexicanidad, mientras que otros negaron la supuesta inferioridad racial innata de los indígenas. Durante la segunda década del siglo XX, muchos mexicanos llegaron a aceptar la noción de una nación mestiza. Los artistas e intelectuales que habían pasado los años de la guerra en la Europa bohemia regresaron a México y vieron su país bajo una nueva luz. Luego de estar expuestos en Europa al primitivismo y a la celebración del campesinado, buscaron valorizar a los pueblos indígenas e incluirlos en la nueva y mejorada nación mexicana. La revisión que hace Giraud de esta literatura es en particular útil porque ubica la búsqueda de México de una integración nacional en un contexto internacional más amplio, perspectiva que suele faltar en otros trabajos de este subgénero.

Giraud apunta que en la década de 1920, “[e]n lo que podría parecer una paradoja, junto al proyecto de modernización de la población indígena se estaba planteando la edificación de una cultura nacional que valorizaba precisamente aquellas tradiciones indígenas y campesinas” (p. 58). El primer secretario de la SEP, José Vasconcelos, encarnaba esta paradoja: por un lado, celebraba las antiguas culturas indígenas que construyeron las grandes pirámides, pero por el otro buscaba “incorporar” a los indígenas contemporáneos mediante programas de mestizaje cultural que no contemplaban la necesidad de preservar ciertos aspectos de su cultura. Este enfoque predominaría en la SEP hasta mucho después de la partida de Vasconcelos en 1924.

En los capítulos IV al VI, Giraud presenta sus contribuciones más originales, fruto de su ambicioso trabajo en los archivos de educación estatales y federales. Los maestros e inspectores de la SEP solían ver el campo y a los campesinos mestizos e indígenas como tradicionales, uniformes y completamente atrasados, contrarios a cualquier acción revolucionaria, mientras que a sí

mismos se veían como mensajeros de un Estado moderno, como portadores de civilización y progreso. Las más de las veces, los maestros e inspectores que intentaron imponer el programa federal tuvieron poco éxito; como Vaughan descubrió en su investigación, por lo general el programa federal debía negociarse. Giraudo cita varios ejemplos que muestran cómo muchos inspectores de la SEP a fines de los años veinte y principios de los treinta calificaban a las comunidades de “mestizas”, cuando cooperaban con la escuela y el maestro, y de “indígenas”, cuando no lo hacían. En ocasiones aparecían como mestizas un año, indígenas al otro y mestizas de nuevo al año siguiente si volvían a cooperar. En estos juicios, el criterio normalmente utilizado para determinar la etnicidad en México —la lengua— no se tomaba en cuenta.

La exploración de Giraudo en torno a la actitud ambivalente de la SEP frente a los pueblos indígenas cobra un interés particular en su estudio de la Casa del Estudiante Indígena, calificada por sus fundadores como un “experimento de incorporación indígena”. La Casa era un internado indígena fundado en la ciudad de México en 1926. Su misión era mostrarle a la nación entera que los niños indígenas podían ser incorporados con éxito a la sociedad urbana mestiza dominante. De los alumnos de la Casa, se esperaba que regresaran a sus comunidades de origen para compartir los frutos de la “civilización”. En 1928, la Casa comenzó a ofrecer cursos de formación para maestros con el fin de convertir a los estudiantes en educadores bilingües. Para 1930, había decenas de ellos enseñando en las escuelas federales de sus estados de origen.

Si bien Giraudo no es la primera en estudiar la Casa a detalle, su investigación sigue a varios maestros en su regreso a Puebla y Veracruz para indagar si su formación en la ciudad de México los ayudó a “cerrar la brecha” entre el campo y la ciudad en sus comunidades de origen. Aunque los estudiantes de la Casa habían adquirido cierta “civilización” en el internado, los supervisores de la SEP solían darles las mismas evaluaciones negativas reser-

vadas para los indígenas “incivilizados”. Más aún, la SEP pocas veces enviaba a los graduados de la Casa a sus comunidades de origen, donde su competencia bilingüe habría sido un recurso valioso. Ello se debía a que la SEP se mostraba ambivalente, en el mejor de los casos, frente al uso de las lenguas vernáculas indígenas en el salón de clases; de hecho, Rafael Ramírez, director del Departamento de Escuelas Rurales, ordenaba explícitamente a los maestros que no utilizaran lenguas indígenas, pues podían convertirse en “una persona más por incorporar”. La Casa valoraba la formación de maestros bilingües para que regresaran a sus comunidades de origen, pero a la SEP no le interesaba la educación bilingüe y temía que los maestros crearan una base de poder que amenazara el aún frágil orden político si regresaban a sus propias comunidades. En pocas palabras, la misión de la Casa y los objetivos de la SEP estaban encontrados. Rafael Ramírez, quien se mostró cada vez más hostil a la Casa, ordenó su clausura en 1932 so pretexto de que era muy honerosa.

Entonces, ¿cómo queda parado el Estado mexicano en la meticulosa investigación de Giraudo? Por un lado, se asemeja a muchos otros Estados modernizadores de principios del siglo xx que equiparaban el progreso con la alfabetización, la educación, y la regeneración física y cultural. Sin embargo, por otro lado, presentaba actitudes profundamente ambivalentes respecto del campesinado mestizo e indígena, y no tuvo la capacidad de imponer su programa modernizador en el campo mexicano. En general, las políticas de la SEP en los años veinte y principios de los treinta eran adversas a los pueblos indígenas y hostiles a sus lenguas y culturas. Además, sus prioridades estaban reñidas con las de una escuela especial que formaba a maestros indígenas bilingües. Al final, la Casa simplemente se adelantó a su tiempo. Para fines de la década de 1930, apunta Giraudo, la “incorporación” de la SEP había cedido su lugar a actitudes más plurales en torno al papel de las lenguas y culturas indígenas de modo que, en 1940, los cientí-

ficos sociales y pedagogos mexicanos abogaron por la “integración” y llamaron a la conservación de las lenguas indígenas.

Traducción de Adriana Santoveña

Stephen E. Lewis

California State University, Chico

JORGE CAÑIZARES-ESGUERRA, *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, Calif., Stanford University, 2001, 450 pp. ISBN 0804740844

En 1770 Guillaume Thomas François Raynal publicó anónimamente su *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, una obra enciclopédica anticolonialista que es a la vez una compilación de textos de alta erudición (el mismo Diderot escribe en ella) y una crítica liberal del antiguo régimen. Raynal compartía con Cornelius de Pauw su desprecio por el fanatismo y el exiguo criterio de los misioneros evangelizadores del siglo xvi. Los documentos de los conquistadores, plagados de inconsistencias e inexactitudes, según creía Raynal, no estaban a la altura de las exigencias epistemológicas de la época. No participaban de lo que Voltaire llamaría en el siglo xviii *esprit philosophique*.

¿En qué consiste este *esprit philosophique*, esta “mayoría de edad” (como la llamó Kant)? A mediados del siglo xviii, Europa advirtió una transformación en la “condición de posibilidad” del saber. Se trata del surgimiento de una nueva *episteme* que radica en la revaloración del documento. El texto de Jorge Cañizares-

Esguerra que reseñamos aquí¹ gira en torno a esta problemática. El autor intentará responder a varias cuestiones: ¿Qué tipo de relación se establece entre el historiador europeo de la segunda mitad del siglo XVIII, por un lado, y la América ibera en tanto objeto de estudio, por el otro? ¿En qué difiere esta relación de la que existía en los siglos XVI y XVII? ¿Cómo reaccionan los subalternos de los europeos (tanto los españoles como los americanos) ante el establecimiento de esta nueva relación? Y, finalmente, según lo escribe el propio Cañizares, “upon whose sources and authority to write the history of the Americas?”²

La revaloración del documento en el siglo XVIII, según la argumentación de Cañizares, tendrá como consecuencia una reestructuración radical de la función de la historia en Europa. La historia, que hasta entonces cumplía la función de ser maestra de vida y guía para la acción, tendrá ahora como objeto el estudio del desarrollo de las facultades mentales de los hombres:

European historians [...] had long relied on indigenous writings [...]. Over the course of the eighteenth century, however, these sources lost most of their previous appeal in Europe and began to be collected for what they had to say about the development of the human mental faculties [...]. European scholars now became interested in sources in nonalphabetic scripts as evidence from which to piece together the history of progress of the mind.³

Su consecuencia más inmediata será la agudización de las caracterizaciones negativas de los americanos por parte de los europeos.

¹ Jorge CAÑIZARES-ESGUERRA, *La traducción al español es reciente: Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo. Historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.

² CAÑIZARES, *How to Write*, 6.

³ CAÑIZARES, *How to Write*, 2.

En palabras de Cañizares: “Although casting Indians and Spanish American Créoles as effeminate degenerates was hardly novel, the scope and reach of the new historical narratives were impressive”.⁴

De esta manera, el texto de Cañizares es un breve recorrido por el universo de estas caracterizaciones negativas presentes en la historiografía del siglo XVIII. Esta historiografía será a su vez contrastada con la más noble y feliz historiografía de los siglos XVI y XVII. Los historiadores ilustrados del siglo XVIII eran pues, según Cañizares, displicentes tanto con los indios como con los historiadores que les precedieron. Así sintetiza Cañizares la obra de Raynal:

The argument was simple: ignorant soldiers had been the first to explore America. Had philosophers such as Buffon and Montesquieu visited the New World while it was still in its pristine, unspoiled state, knowledge of its land and peoples would have survived. Unfortunately, however, the first Europeans ashore were ignorant religious fanatics, who not only failed to understand the peoples they encountered but bludgeoned them to death.⁵

Algo similar ocurre con las *Recherches philosophiques sur les américains* de Cornelius de Pauw. Las *Recherches philosophiques* son la compilación filosófica de mayor influjo en la historiografía de la segunda mitad del siglo XVIII. Fueron publicadas en 1768, momento en el cual De Pauw formaba parte de la corte de Federico el Grande. Había sido convocado para ser el mentor privado del monarca prusiano. Las *Recherches* influyeron notablemente en el propio Raynal, pero también en Adam Smith, William Robertson y Alexander von Humboldt. La obra constituye un retrato evolucionista de la Tierra y del hombre apoyado en datos de la historia natural, la geología, la etnología y la

⁴ CAÑIZARES, *How to Write*, 3.

⁵ CAÑIZARES, *How to Write*, 12.

gramática general. La aproximación de De Pauw al documento consistía en un proceso de depuración radical. El denuesto de los nuevos historiadores hacia sus predecesores queda claro en su referencia a una obra sumamente crítica de las fuentes amerindias titulada *Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale*. "Peoples all over the world are the same"; De Pauw previene así a La condamine (autor de este "viaje filosófico"), "they are infants incapable of seeing and reporting". Y concluye "A philosopher should not stop to consider their testimonies any more than he believes the deposition of an imbecile".⁶ Esto escribe Cañizares sobre el escrutinio que hace De Pauw de las fuentes del siglo XVI sobre la supuesta existencia de gigantes en la Patagonia:

First, he identified all accounts in chronological order, including those that had failed to report any giants. He then described the professions and social standing of the witnesses (e.g., missionary, merchant, pilot, philosophical traveler). Finally, he pitted accounts against one another to highlight their contradiction, particularly as regards the alleged height of giants. Operating on the assumption that merchants, sailors, and missionaries were credulous witnesses, de Pauw argued that all such accounts were unreliable, because not a single living giant had ever been captured and displayed, even though all human types, including pigmies, had been exhibited in Europe. The New World bones in cabinets were those of animals, collected by ignoramuses untrained in comparative anatomy. Given the contradictions in the sources and the absence of any material evidence, de Pauw therefore confidently dismissed the report of giants as figments.⁷

El caso de William Robertson es quizás el más controvertido. En 1777, siendo rector de la Universidad de Edimburgo y

⁶ CAÑIZARES, *How to Write*, pp. 29-30.

⁷ CAÑIZARES, *How to Write*, p. 27.

decano de la Scottish Presbyterian Church, publicó su *History of America*. Robertson se consideraba a sí mismo un historiador humanista, un heredero de la tradición ciceroniana. Arremetió en contra del uso promiscuo de analogías entre el Nuevo Mundo y la antigüedad clásica, práctica recurrente en la historiografía de los siglos XVI y XVII. Quizás más cercano a nosotros que al siglo XVI, Robertson (como diría Robert Darnton) había intentado rechazar esa “falsa familiaridad” con el pasado. Como dice Cañizares, “the guiding principle behind his work was, therefore, to prove that witnesses who did not understand the rules of social evolution drew false analogies that led to profound distortions of the past”.⁸ Pero lo que más indigna a Cañizares de la obra de Robertson es el problema del pasado presente (en el sentido de Koselleck):

As interest grew in classical religious phenomena as a manifestation of a primitive mentality, the use of classical analogies to interpret Amerindian societies became even more entrenched. Frank Manuel has shown that, since the mid seventeenth century, European scholars had begun to read ancient Greek and Roman myths, not as sophisticated moral, political, or philosophical allegories, but as the garbled products of fear and ignorance. In the process, scholars and antiquarians became deeply interested in studying contemporary savages as forms of frozen classical polities. Authors assumed that the Amerindians had been mysteriously arrested in stages of progress comparable to those of ancient Mediterranean societies.⁹

El progreso, para Robertson, era una referencia que pasaba por lo económico, pero también por lo político y por lo social:

⁸ CAÑIZARES, *How to Write*, p. 38.

⁹ CAÑIZARES, *How to Write*, p. 39. Reinhardt KOSELLECK, *Futuro/pasado*, Madrid, Paidós, 1993.

With the development of modes of production from hunting to herding to agriculture to commerce, individual needs and desires multiplied, and, with them, sociability. As the division of labor increased, so too did mutual dependency, which in turn cause people to refine their social skills and to put their reason to work in the pursuit of their own self-interest. In the course of creating commercial societies, violent passions gave way to politeness and prudence.

This view of history encouraged Robertson to see the world as a living museum in which different peoples occupied different levels in a great tableau of emotional and economic development. It became a truism at Robertson's time that the European expansion of the previous two centuries had made possible *access to types of human experience never before catalogued*.¹⁰

El dilema de William Robertson nace de la imposibilidad de incluir a los pueblos amerindios en el cuadro ascendente del progreso. El relato teleológico de Robertson abarca cuatro peldaños: cacería, ganadería, agricultura y, finalmente, comercio. Sin embargo, Cañizares cita a Robertson, "The evolution of the passions in America seemed not follow this model. The Mexica, for example, 'had made the greatest progress in the art of policy [...] [yet] they were in several respects, the most ferocious, and the barbarity of some of their customs exceeded even those of the savage state."¹¹ Esta imposibilidad de situar a los amerindios en la escala evolutiva del progreso admitía la conclusión de que los pueblos indígenas de América eran anteriores al relato mismo y por lo tanto debía tratarse de pueblos sin historia. Esto es, pertenecían a un estado de naturaleza que, según demostraba la etnografía, antecedía a la historia y, por lo tanto, la única conclusión lógica es que se trataba de pueblos sin historia:

¹⁰ CAÑIZARES, *How to Write*, p. 41.

¹¹ CAÑIZARES, *How to Write*, p. 48.

Paradoxically, the search for alternatives to traditional literary sources of information led European scholars to assume that Amerindians were “peoples without history” [...] as ethnography gradually replaced literary sources as evidence for reconstructing Europe’s “obscure” ages, Amerindians came to be perceived as early humans, literally frozen in time.¹²

En 1810 Alexander von Humboldt publicó sus *Vues des cordillères et monuments des peuples de l'Amérique*. “In *Vues*,” escribe Cañizares, “Humboldt set out to address critics like de Pauw and Robertson, who had denounced flawed and unreliable histories of the New World based on false classical analogies. Humboldt moved the debate forward by offering a solution to the impasse”.¹³ Y la solución no fue poco sugestiva: “The Orient, not Rome”, advierte Cañizares en la introducción del texto, “became the preferred model for interpreting the past of the highland polities of Mesoamerica and the Andes.”¹⁴ La referencia a la antigüedad clásica era equívoca por varias razones: Roma era una referencia que pasaba por el horizonte de expectativas europeo sobre el final de los tiempos; esto es, no refería a una “otredad”. Oriente, en cambio, era la alteridad por antonomasia. Lo que hace Humboldt es demostrar el ineludible vínculo que unía a América y Oriente:

According to Humboldt, Amerindian and Asian societies were of a monastic type that had effaced individual expression and personal freedom [...] Asians and Amerindians were unchanging Orientals, linked both racially and historically, whose myths, calendars, and religious institutions, seemed to have stemmed from common originals.¹⁵

¹² CAÑIZARES, *How to Write*, p. 49-50.

¹³ CAÑIZARES, *How to Write*, p. 56.

¹⁴ CAÑIZARES, *How to Write*, p. 13.

¹⁵ CAÑIZARES, *How to Write*, pp. 56-57.

¿En qué radica la originalidad de Humboldt? Al vincular a América con Oriente y no con Europa, Humboldt traza una línea voluntarista (en el sentido de Michel de Certeau) entre el presente y el pasado. Esto es, el presente y el pasado se disocian. “El pasado no está aquí sino allá.” No hay nada ahora que lo vincule con el presente (con “nuestro” presente). Se nos muestra entonces como plena otredad. Y es tarea de la ciencia ahora descifrar ese pasado que pasa a ser objeto de la Historia.

Ante este tipo de historia universal Cañizares propone una suerte de historia subalterna. Sin embargo, su argumentación es poco feliz: de manera paralela a la historiografía europea de la segunda mitad del siglo XVIII, según Cañizares, surge en América una “epistemología patriótica”, una “ilustración local”, en fin, una valiente apología de América y los americanos en respuesta a las caracterizaciones negativas que hacían los europeos de nuestro continente. “The histories of the Incas and the Aztecs”, escribe Cañizares, “written by the likes of Velazco and Clavijero were a reaction to Enlightenment paradigms and techniques developed in philosophical compilations of travel accounts and conjectural histories”.¹⁶ Después apunta:

the two Jesuits wrote to undermine the epistemological and critical principles of eighteenth century northern European historians. Along with many others, Velasco and Clavijero developed an approach to the problem of assessing the credibility of testimonies and of validating knowledge that can be called patriotic epistemology.¹⁷

El exilio jesuita de 1767 compelió a Francisco Xavier Clavijero a atenerse a la reseña y crítica de textos anteriormente publicados. Su obra reúne a historiadores de la talla de Boturini, Eguiara y Eguren, Francisco Hernández y Samuel Purchas. Pero Clavije-

¹⁶ CAÑIZARES, *How to Write*, p. 206.

¹⁷ CAÑIZARES, *How to Write*, p. 207.

ro, según dice Cañizares, fue especialmente sinuoso y férreo con la obra de Torquemada: “for page after page, Clavijero made the inconsistencies and contradictions in Torquemada explicit, finding Torquemada gullible and credulous.”¹⁸ Sin mayor ejemplificación Cañizares concluye:

Clavijero’s constant refusal to speculate was part of his larger critique of the philosophical method of Buffon, de Pauw, Raynal, and Robertson. In the dissertations, Clavijero demonstrates the countless tensions and contradictions incurred by these northern European authors who, Clavijero argued, had been more interested in building systems than in cataloguing facts.

El argumento es casi tramposo. La crítica de Clavijero a Torquemada difícilmente puede ser entendida como un acto de heroísmo patriótico, de la misma manera que la cortedad crítica y el comedimiento de la “modernidad cristiana” en la Nueva España no pueden ser considerados como una suerte de ilustración local.

No obstante, la obra de Cañizares no deja de ser sugestiva. La pregunta inmediata es: ¿qué hay detrás de las caracterizaciones negativas que hacían los europeos de los americanos? Esta es la gran ausencia del texto de Cañizares. Según sugiere Reinhart Koselleck, la aparición del acontecimiento como un evento singular e irrepetible lo insinúa un acontecimiento (el primer acontecimiento, si hemos de creer a la historia) en el orden del discurso. Se trata de la sustitución de la palabra *Historie* (historia) por la palabra *Geschichte* (Historia). Mientras que la *Historie* refería a una pluralidad de “relatos” sobre el pasado (a *Historien*), la palabra *Geschichte* se emplea como un singular colectivo que no refiere a un relato o a un informe sobre el pasado, sino que refiere a la Historia en sí (al pasado en sí mismo). Es esta nueva

¹⁸ CAÑIZARES, *How to Write*, p. 243.

historia (*Geschichte*) —vinculada al tiempo del progreso— la que va a surgir como consecuencia de las transformaciones materiales que acontecieron en Europa a finales del siglo XVIII. La originalidad de la *episteme* radica en que es un intento riguroso por resolver esta problemática. Consideremos de nuevo las obras de Raynal, de Pauw y Humboldt. “Facts like plants”, escribe Raynal,

[...] suffer alterations as they get farther from its original source. Truth mutates into error as the distance of time help hide the causes (of events). As lies are popularized, they begin to enjoy an unprescribed right, based on the credulity of the ignorant and the silence of the savants, for the former don't dare to doubt, and the latter don't dare to dispute.¹⁹

Esta “historia” va a ser la respuesta que dará el siglo XIX al problema de la contingencia. El problema queda resuelto en el momento en que el objeto se nos muestra “tal cual es”, de manera que no se encuentra subordinado a las “falsas opiniones” o a las alteraciones de los sentidos. ¿Qué hay de Pauw? La advertencia que éste hace a La Condamine (véase *supra* nota 6) es paradigmática de las exigencias de la época: se trataba, por un lado, de dilucidar la trayectoria que tomaría el nuevo horizonte de expectativas y, por el otro, de captar el acontecimiento tal cual había sucedido. El primer problema refiere a lo que Lyotard llamará en la década de los sesenta “metarrelato”. Éste no estriba únicamente en una emulación del rigor científico. Su tarea es más fundamental: subsumir todos los campos del saber (y con ello la percepción que se tiene del pasado y del futuro) en una misma historia. En una *Historia* (que no deja de ser la historia) que es tan universal como verdadera. Una vez que se hubo inventado la historia, lo único que tuvo que hacer el historiador fue escribirla. Esto alude al segundo problema. Puesto que la pretensión era

¹⁹ CAÑIZARES, *How to Write*, p. 36.

representar el pasado tal cual había sucedido, la historiografía adoptó la forma de una pugna en nombre del rigor y de la pureza del lenguaje. El lenguaje debía ser pensamiento y éste a su vez debía representar las cosas tal cual se daban a la experiencia. La exigencia era la transparencia absoluta del lenguaje. Por último, la originalidad de Robertson radica en que entendía al pasado como una idea que se encuentra (únicamente) en el presente. ¿Dónde puede hallarse el pasado sino es en el presente? Sobre todo si la exigencia (kantiana) de la época residía en la comprobación empírica *a posteriori* de los datos *a priori*, ¿qué mejor que obtener el pasado del presente mismo? Si para nosotros el pasado es la “otredad” inasequible, para Robertson el pasado estaba (literalmente) ¡del otro lado del Atlántico! América era un campo de estudio inmejorable para examinar el pasado de la Europa contemporánea. Desde Robertson se anuncia la función que cumplirá América en el siglo XIX: la de una “heterotopía” que, por definición, tiene la misma utilidad que tiene un museo o una biblioteca:

De manera general, en una sociedad como la nuestra se puede decir que hay heterotopías que son las heterotopías del tiempo que se acumula al infinito. Los museos, las bibliotecas, por ejemplo: en los siglos diecisiete y dieciocho, los museos y las bibliotecas eran instituciones singulares dado que eran la expresión del gusto de cada quién; por el contrario, la idea de acumularlo todo, la idea de detener el tiempo de alguna manera, o más bien de dejarlo depositar al infinito en un espacio privilegiado, de constituir el archivo general de una cultura, la voluntad de encerrar en un lugar todos los tiempos, todas las épocas, todas las formas y todos los gustos, la idea de constituir un espacio de todos los tiempos, como si ese espacio pudiera estar él mismo definitivamente fuera de todo tiempo, es una idea del todo moderna.²⁰

Alejandro Cheirif Wolosky

²⁰ FOUCAULT, “Topologías”, *Fractal*, 48 (2008).

